Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Neil Abner

Luna de sangre



EDICIONES FORUM

LUNA DE SANGRE

Bolsilibro serie Galaxia 2000

Autor: Neil Abner
ISBN: 9788475980768
Generado con: QualityEbook v0.60

Luna de Sangre

Neil Abner

Luna
de sangre

EDICIONES FORUM

1.ª edición: febrero 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S.A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

ISBN: 84-7598-076-7
Depósito Legal: B-2368-1985
Fotocomposición: T.G.S.
Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)
Impresión: T.G. Soler, S.A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, febrero 1985

Capítulo 1

ME recosté cómodamente en mi sillón adaptable, puse los pies encima de la mesa y me dediqué a contemplar las verdes praderas de la Luna.

Hace doscientos años, en pleno siglo xx, nadie habría podido soñar con el idílico paisaje que se extendía ante mis ojos, más allá de la ventana de mi despacho, pero es que hace doscientos años todavía se creía que éramos el centro del Universo.

Sí, claro. Siempre ha habido visionarios esperanzados y soñadores utópicos que juraban y perjuraban la existencia de otros seres y otras culturas en ese infinito vacío negro que llamábamos espacio y que ni siquiera habíamos podido calibrar en toda su extensión. Pero nunca se les hizo verdadero caso. Al final, resultaron ser profetas en su tierra. Y nunca mejor empleada la expresión.

Ahora, ciento cincuenta años después del famoso «primer contacto», ya habíamos dejado, definitivamente, de mirarnos el ombligo. Echar un vistazo a las estrellas era mucho más apasionante e instructivo. Resultaba que nuestra propia galaxia, sin ir más lejos, hervía de vida alienígena a cual más exótica e increíble. En algunos planetas, las moléculas seguían intentando unirse con alguna coherencia, pero en otros hacía muchos miles de años que sus Einsteins particulares habían expuesto su peculiar versión de la relatividad. Tantos miles de años, que ni siquiera estaba registrado en sus documentos más antiguos.

Al principio, los terrestres —ingenuos y orgullosos, al mismo tiempo—, creíamos que nos abrían las puertas de lo desconocido, que lo inalcanzable estaba a punto de ser asido por nuestras manos, pero las distintas razas que llevaban varios cientos de años vagabundeando por la galaxia no parecieron estar muy de acuerdo. Al fin y al cabo, éramos

unos niños de teta, unos recién llegados a la comunidad interespacial y no merecíamos más que ser considerados como el hermanito pequeño y tarado de la familia.

Políticos y militares, que se habían preparado concienzudamente para representar a nuestro planeta ante el resto de sistemas estelares, tuvieron que ser congelados esperando una mejor ocasión. Antes, debíamos ser presentados en sociedad y ser admitidos por ella, tras demostrar que no éramos indeseables. Las observaciones realizadas por los extraterrestres desde el cielo, a todo lo largo de nuestra historia, no nos favorecían en nada. Nuestra imagen necesitaba un buen lavado si queríamos ganar unas elecciones intergalácticas: belicismo, división interna, egoísmo, explotación irracional y suicida de nuestro mundo… En fin, unas credenciales desastrosas. «¿Viajes estelares?» comentaron un poco extrañados, «quizá dentro de unos pocos cientos de años. Nada, una nimiedad».

El argumento de los extraterrestres era simple: «¿Por qué debían pasearnos por unos cuantos billones de parsecs, visitando los planetas-madre de uno en uno?» Era mucho más fácil que los representantes de dichos planetas, según sus intereses y conveniencias, confluyesen en nuestro apartado sistema solar. Y, bien mirado, no les faltaba razón.

Así que nos ayudaron a terraformar la Luna para convertirla en una gigantesca estación de tránsito, vía Tierra. Cerraron y acondicionaron los mares y cráteres más importantes, cubriéndolos con cúpulas e inundándolos de extravagante maquinaria. Primero, se imponía una especie de cuarentena espacial para asegurarse que no podrían verse afectados por un simple resfriado o una complicada gonorrea, que soportarían nuestra presión y atmósfera, o, en caso contrario, construir los ingenios y elementos necesarios para conseguirlo. Una vez todo perfectamente medido, controlado y equipado, podrían dedicarse a turistear cómoda y tranquilamente por la Tierra. ¡Oh, sí! También celebrarían importantes entrevistas, conferencias y discusiones. Incluso, en algún caso, entablarían negociaciones y firmarían tratados.

Y aquí estaba yo, Scott Larsen, al mando de las instalaciones lunares en el Mar de la Serenidad. ¿Cuáles fueron mis méritos para obtener semejante responsabilidad? Quizá los contaré en otro momento, no me gusta ser vanidoso. Pero, digan lo que digan los demás, creo que estoy aquí porque no encontraron a ningún otro lo suficientemente loco como para aceptar el puesto.

De momento, podía relajarme. Acabábamos de enviar a una especie de tiranosaurio pensante a la Tierra y pasarían algunos meses hasta que

fuera despachado otro de nuestros ilustres visitantes. Y no porque nuestras instalaciones no rebosaran de rarezas, no, señor. En estos momentos, las cúpulas y departamentos estaban bien servidos.

En primer lugar, en el Mar de las Lluvias, teníamos a los c'laak, con su Reina-Madre al frente, una especie de enorme gusano de casi cien metros de largo, cuyo único fin, al parecer, era poner un huevo cada hora. Los llamamos, familiarmente, «hormiguitas», ya que su apariencia es muy semejante a ese insecto, aunque de un tamaño similar al humano. Cada uno de sus cuatro brazos y sus dos piernas tienen dos articulaciones en lugar de una. Dan constantemente la impresión de que van a desmoronarse de un momento a otro. Cada vez que nos cruzamos con uno, tenemos que reprimir el impulso de sujetarle.

En el Mar de las Crisis estaban las «sirenas». No lo son, exactamente, claro. Sólo tienen enormes manos y piel palmeados, en lugar de cola. Mirando esas puntas de las extremidades, cualquiera diría que son focas, pero mirando lo demás… En fin, resumiré diciendo que, a pesar de ser el agua su medio natural, son los más parecidos a nosotros. En especial, sus hembras. Su cuerpo y su voz son absolutamente arrebatadores. A estas alturas, no dejo de preguntarme si Homero no sería algún viajero espacial caído en la Tierra. Nadie habría podido expresar mejor que él las sensaciones que teníamos los humanos ante su presencia. Desde que habían llegado a la Luna, yo había rechazado doscientas treinta y siete peticiones formales de casamiento presentadas por mis hombres. Uno de los muchachos logró salvar todas las barreras, y, desesperado por mi negativa, cuando se dio cuenta de que le era imposible respirar agua, fue demasiado tarde. Apareció flotando en uno de los tanques.

Los «estómagos» tienen un nombre original tan impronunciable, como repugnante es su aspecto. Parecen el deshecho de una carnicería, un amasijo incongruente de órganos parecidos a nuestros intestinos, en constante movimiento. Para poder desplazarse, tienen que utilizar una prótesis en forma de 8 piernas —o patas—, facilitadas por la raza que les descubrió. Quizá debido a su forzosa inmovilidad, consiguieron la fama de ser unos de los pensadores más profundos de la galaxia. No seré yo quien lo desmienta, pero…

Los jerk's se han ganado a pulso su sobrenombre de «chistosos». Quizás algún día se descubrirá cuál es su forma original, pero lo dudo. Su estructura es tan fluida como la cera liquida y pueden adoptar la forma o aspecto que quieren, y mantenerlo el tiempo que haga falta. Su sentido del humor es innato y aborrecible. No parecen tener otra

motivación que divertirse, pero es falso. Cuando has acabado de enjugarte las lágrimas producidas por sus bromas o empieza a pasársete el enfado de una de ellas, puedes encontrarte con que has comprado un asteroide perfectamente inútil, situado al otro extremo de la galaxia, o con que has cedido tu cerebro y comprometido a entregarlo al día siguiente. Son los más temibles comerciantes que puedas encontrarte y tuvieron mucha dificultad para comprender ciertos vocablos terrestres. Entre ellos, honestidad, escrúpulos, juego limpio…

Por último, en Clavius, colocamos a los gladios. Así, a secas. Sin motes o apelativos cariñosos. Nadie se atrevía a sacarles uno. Si ellos se enteraban, podían arrasar la Luna a sangre y fuego. Básicamente humanoides, pero con el pelaje y la musculatura de un gorila, más el instinto de un sanguinario doberman —conjuntamente con sus colmillos —. Si en alguna siniestra pesadilla se hubiesen apareado un tigre de Bengala con un lobo rabioso y el resultado tuviera forma humana con algunas características físicas de sus progenitores, el resultado sólo sería una pálida sombra de los gladios.

Todavía estaba estremeciéndome sólo de pensar en ellos, cuando sonó el videófono de mi mesa. Era mi secretaria, Ramona Bianchetti.

—El doctor Marsh está aquí. Desea hablar con usted —anunció con su voz más fría y profesional, parapetada tras sus gafas. Pocos sabían que por la noche, y en circunstancias más, digamos, «propicias», podía emplear un tono muy diferente, capaz de fundir los casquetes polares de la Tierra. Yo era uno de ellos, naturalmente, pero por circunstancias absolutamente justificables.

Ramona no sólo era mi secretaria, sino mi «espía» particular, el sabueso colocado hábilmente por los militares para asegurarse de que nada de lo que pasase en la Luna, podría afectar la «soberanía inviolable» de nuestro planeta. En caso contrario, tomarían las «medidas pertinentes». Es decir, intentarían darme una patada en el culo y ponerse al mando del complejo, que es lo que habían deseado hacer desde el principio.

La había descubierto fácilmente, pero había dejado que siguiera ocupando su sitio. Intentarían controlarme de una forma u otra, de eso estaba seguro, y prefería tener controlado a mi controlador. Incluso la había «tanteado» disimuladamente, pero su fidelidad al Ejército era inconmovible. Así que me limitaba a hacerme el tonto y disfrutar de sus nada sutiles intentos por sonsacarme toda clase de información útil para sus jefes. Si estaba convencida de que sus encantos eran irresistibles, ¿por qué sacarla de su error?…

—¿Qué quiere ese cascarrabias? —pregunté, temiendo que mis breves momentos de descanso se fueran al traste.

—No me lo ha dicho, pero ha insistido en que es urgente…

—¡Claro, claro…! Para Thadeus todo es urgente. Lo más probable es que se haya quedado sin puros…

La imagen de Ramona desapareció de la pantalla, para verse sustituida por la del doctor Marsh. Estaba resoplando tan furiosamente que, durante unos segundos, la pantalla se llenó del humo del cigarro que llevaba anclado en la comisura de sus labios.

Tras manotear el aire varios instantes, escupió indignado:

—¡Escucha, pedazo de idiota! ¡Tengo suficientes puros para quemarte tu enorme trasero de chupatintas, así que no te hagas el gracioso y abre esa maldita puerta! ¡Tenemos que hablar!

—¿No podríamos dejarlo para mañana, Thadeus? —me atreví a insinuar—. Acabo de despedir al embajador antilo y…

—¡No, no podemos! —cortó Thadeus, vehemente—. Si no abres tú la puerta, la abriré yo…

Y desapareció de la pantalla.

Pocos segundos después, entraba a toda velocidad, seguido por su robot Toby. Yo sabía que el robot era quien había abierto la puerta. En principio, Toby sólo debía tener acceso a los datos médicos y científicos de nuestro sistema central de computadoras, pero Thadeus había podido convencer a algún ingeniero electrónico de que ampliase su campo a otros bancos de datos. Nunca me había preocupado, pero debía prestar más atención en el futuro. Si sabía la combinación de mi cerradura particular, era hora de frenarle un poco.

Ramona apareció de nuevo en el videofono frotándose el brazo, allí donde había recibido el empujón de Thadeus, y con cara de disculpa.

—Lo…, lo siento, señor. No he podido evitarlo…

—No te preocupes. Si eso te consuela, yo tampoco.

—¿Aviso a Seguridad…? —preguntó esperanzada.

—¡Oh, no! No creo que haga falta. Si se ha tomado tantas molestias quizá sea realmente importante, así que no te olvides de grabar nuestra conversación y pasarle una copia a tu jefe…

Enrojeció hasta las orejas.

—Mi jefe es usted, señor Larsen.

—¿Ah, sí…? —añadí, sonriente—. ¿Te ha despedido el general Mac Pherson?

Fulminándome con la mirada, Ramona desconectó el aparato.

Entretanto, Thadeus se había sentado en el sillón situado frente a mi mesa, con visibles muestras de impaciencia. Antes de que pudiera abrir la boca, el robot levantó una de sus zarpas metálicas en un ademán de saludo, mientras espetaba con voz metálica:

—¿Qué hay de nuevo, viejo?…

—Ahora, no, Toby —atajó Thadeus—. No molestes, tenemos cosas importantes que discutir.

Thadeus me había contado que las pautas vocales de Toby habían sido extraídas de cierto personaje de dibujos animados del siglo xx. No conocía a ese personaje, pero Toby me caía simpático.

Intenté poner la peor cara de desconsuelo posible, pero no surtió efecto en Thadeus. Entrecerró sus ojos y soltó:

—Tenemos un problema, muchacho…

—¿Sólo uno…? —contraataqué—. Esto va mejorando. Creí que estábamos hasta el cuello de ellos.

—Tenemos un problema grave… —aclaró el viejo doctor, moviendo impacientemente el puro de un lado a otro de la boca. Las puntas de su mostacho blanco estaban amarillentas por el humo y la nicotina.

—¿Sólo uno? —Repetí, sin aflojar un ápice—. Esto va mejorando. Creí que estábamos…

—¡Ya basta, muchacho! Deja las bromas para los «chistosos». Hablo en se… —se detuvo de repente y me escudriñó concienzudamente—. Oye, ¿no serás uno de esos graciosos que siempre se pasan de listos, verdad…?

Levanté las manos, mostrándome descorazonado.

—¡Vaya! ¡Me descubrió, doctor Marsh! —dije, apesadumbrado—. El señor Larsen quería que no le molestasen y, por si acaso alguien conseguía atravesar todas las barreras, me dejó ocupar su puesto. En realidad se encuentra en sus habitaciones privadas. Le sugiero que vaya allí si quiere hablar con él, yo volveré con los míos…

Thadeus sonrió levemente y se volvió hacia su robot.

—Arráncale los brazos por prestarse a semejante juego, Toby. Total, un multiforme siempre podrá reintegrarlos a su cuerpo cuando deje de aparentar lo que no es…

Toby alargó una de sus zarpas metálicas hacia mí, abriéndola y cerrándola con chasquidos amenazadores.

—¡Está bien, está bien! —grité, apartándome—. Tú ganas, Thadeus. Soy yo, tu muchacho…

El robot volvió a acercarse a mí.

—¡Thadeus, dile a tu maldito robot que se esté quieto! —aullé, mientras me retrepaba en mi sillón, intentando evitarle.

—Basta, Toby —ordenó, sonriente—. Creo que es de verdad el cretino de Larsen.

Toby volvió a su posición, antes de levantar de nuevo su zarpa.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —me saludó afablemente, como si todo empezase de nuevo.

—¡Escucha, loco estúpido! —estallé—. Si hubiera sido un jerk, podrías haber provocado un incidente galáctico. ¡No está bien arrancarle los brazos a un invitado de otro planeta que forma parte de una representación diplomática!

—¡Oh, sabía que no eras un «chistoso»! —respondió Thadeus, moviendo la mano para restar importancia.

—¿Ah, sí? ¿Cómo podías saberlo…? ¡No hay forma de distinguirlos cuando…!

—Claro que la hay. Un «chistoso» no hubiera largado una parrafada como la tuya sin colar un par de humoradas…

—Bueno, ya te has salido con la tuya. ¿Qué querías?

Thadeus aspiró una bocanada de aíre antes de proseguir y pasó la palma de su mano por la cabeza. Supongo que la expresión correcta hubiera sido que se «mesaba los cabellos», pero, dada la abundante calvicie del viejo, habría sido un chiste de mal gusto; sentía una especial sensibilidad por el tema y trataba con exquisito cuidado las pocas hebras blancas que todavía cubrían sus sienes y la parte posterior de su cráneo.

—La Reina de los c'laaks no ha puesto un huevo hace dos días… —soltó, de la misma forma en que podía haber dicho que el Sol acababa de engullirse la Tierra.

—¿Y eso es un problema? —pregunté yo—. ¡Es una bendición! Al paso que iba, nos habríamos encontrado un problema de superpoblación lunar…

—Las «hormiguitas» no opinan lo mismo que tú. Si esos bichos tienen nervios, yo diría que están a punto de estallar. Según cuentan, no había ocurrido algo similar en los últimos diez mil años…

—¿Nunca? —atajé—. ¿Ni siquiera un solo día?

—¡Ni uno! ¡Ni siquiera durante las horas de sueño, si es que se puede emplear ese término!

—No pareces estar muy seguro de nada…

—¡Muchacho, ni el mejor médico sabe reconocer una centésima parte de las enfermedades terrestres, así que imagínate lo que puedo saber de un salchichón gigante!

—¡Maravilloso! ¿Y ellos…? Los c'laaks han debido traer médicos propios.

Thadeus se encogió de hombros.

—No se preocupan de eso lo más mínimo. No les llamamos «hormiguitas» únicamente por su aspecto. No hay nada más fácilmente reemplazable que un c'laak.

—Excepto la Reina…

—Excepto la Reina, por supuesto. Y, al parecer, creían que era a prueba de bombas. Sólo saben alimentarla y limpiarla. Lo demás, es chino para ellos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —pregunté desconcertado.

—Ése no es mi problema, muchacho. He tirado la pelota a tu campo, así que no me la devuelvas. Pero, decidas lo que decidas, hazlo pronto. Las «hormiguitas» terrestres pueden ser aplastadas, pero éstas…., ¡nos pueden aplastar a nosotros!

Aquello se me escapaba de las manos. Yo sólo era un administrador, organizador, o maestro de ceremonias, no estaba muy seguro. Desde luego, los milagros no entraban dentro de mi competencia… ¡Si es que necesitábamos un milagro! Eso todavía estaba por ver.

Quizá Thadeus había exagerado algo la situación…

El videofono parpadeó llamando mi atención.

—¿Qué ocurre, Ramona? ¿Quieres un descanso para cambiar las cintas de grabación?

Mi secretaria estaba mortalmente pálida y no se debía a mis palabras. Apenas podía balbucear.

—Los c'laaks…, piden ser recibidos. Han enviado una delegación para hablar con usted…

Di un respingo en mi silla. Si habían decidido desplazarse hasta el edificio de Administración, la cosa era realmente seria. Hasta entonces, siempre habíamos sido nosotros los que habíamos tenido que desplazarnos si queríamos tener alguna charla.

—¿Cuántos son? —pregunté a Ramona.

—Seis —respondió ella, dirigiendo constantes miradas hacia un lado. No necesitaba decirme que allí se encontraban las «hormiguitas». Sus escalofríos lo demostraban claramente.

—¿Armados…? —insistí.

—Cinco de ellos.

—Avisa a Seguridad. Que no se dejen ver, pero que estén preparados…

—Ya están… —Ramona volvió a enrojecer—. Ya están avisados.

—Tenía que haberlo supuesto, perdona el lapsus. Está bien, hazlos pasar.

Tambaleándose como borrachos, las «hormiguitas» entraron en mi despacho para ser recibidos con un sonoro: «¿Qué hay de nuevo, viejos?», por parte de Toby. Esta vez fuimos dos los que le fulminamos con la mirada. No era momento de bromas.

—¿Es que ese engendro tuyo no sabe decir otra cosa? —recriminé a Thadeus en voz baja.

—Es un robot educado, ¿no…? —balbuceó, a modo de disculpa.

Volví mi atención hacia los c'laaks. Cinco de ellos, los «soldados», habían formado semicírculo alrededor del que parecía su jefe o, al menos, llevar la voz cantante.

—Parece que vuestra Reina-Madre… —empecé—, está enferma…

Sus ojos facetados se movieron incongruentemente, en un asomo de perplejidad. El concepto parecía ser desconocido para las «hormiguitas», así que rectifiqué sobre la marcha.

—Quiero decir, que no pone más huevos.

—Nuestra Reina-Madre…, no crea más c'laaks… —me rectificó a su vez—. Nunca había ocurrido…, nada igual…

—Quizá sea demasiado vieja —aventuré con precaución—. Según parece, tiene muchos años. Tantos, que ni siquiera vosotros mismos sabéis su edad exacta.

Pasaron unos segundos en silencio, moviendo furiosamente sus antenas. Aquello debía ser difícil de digerir. Finalmente, el representante de los c'laaks volvió a hacer chasquear sus mandíbulas:

—La Reina-Madre siempre ha sido y siempre será. Para ella no existe el tiempo.

Lo había soltado de un tirón, sin sus típicas vacilaciones en busca de las palabras justas en nuestro idioma. Aquello indicaba que más valía no seguir por ese camino. Pero, entonces, ¿por qué…?

—Esto…, ¿tenéis alguna sugerencia? —pregunté, intentando abrir caminos.

—Nuestra Reina-Madre no crea más c'laaks… Nunca había sucedido…, y vosotros sois los responsables…

Ya estaba dicho. Sentí un escalofrío.

—¿Por qué somos nosotros los responsables? —protesté indignado —. Seguimos todas vuestras especificaciones para que os encontrarais como en vuestra propia casa: temperatura, presión, humedad, alimentos… ¡Todo es similar a vuestro planeta!

Podía haberme ahorrado la saliva. No sé si me habían escuchado, pero, para el caso que me hicieron, tanto daba. El c'laak siguió su interrumpido discurso:

—En C'laaku nunca había sucedido… Vosotros sois los responsables… Si nuestra Reina-Madre no crea más c´laaks, vosotros tampoco crearéis más humanos… Si nuestra Reina-Madre entra en la Tierra de las Sombras, vosotros también entraréis con ella…

—¿Sabes lo que estás diciendo…? —pregunté lentamente, dándole tiempo a que meditase sus palabras.

—Si Nuestra Reina-Madre…, ¿muere?…, los humanos también morirán… Primero, esta Luna… Después, la Tierra…

—¡Espera! ¡Espera un momento! ¡No podéis amenazarnos así…!

—Si cuando nuestra nave-transporte llegue a por los embriones de c'laaks…, huevos, como vosotros los llamáis…, nuestra Reina-Madre no ha creado más c'laaks, ¡seréis destruidos!

—¡Eso es una locura…! ¡Una estupidez!

Podían ser estúpidos, pero también tozudos. Sin hacerme el más mínimo caso, dieron media vuelta y abandonaron el despacho. Su ultimátum estaba dado y su misión había terminado. No tenía ningún interés en seguir hablando.

Thadeus hizo una mueca, encogiéndose de hombros.

—Te lo dije… —advirtió.

Sí, tenía razón. Teníamos un problema.

Y grave.

Capítulo 2

MI cerebro funcionaba a toda presión, como una caldera en ebullición, sin encontrar ninguna salida. Todos mis pensamientos desembocaban en la misma disyuntiva: o curábamos a su Reina-Madre, o nos hacían pedazos. ¡Y sabía positivamente que podían hacerlo!

—¿Alguna sugerencia…? —interrumpió Thadeus.

—Tú eres el médico; dámela tú.

—¡Oh, vamos! ¡Sabes que es imposible! Dudo que nadie en la Tierra sepa…

Se detuvo boquiabierto y me miró con la esperanza brillando en sus ojos. Los dos pensábamos lo mismo. Conecté el videófono.

Ramona no debía haberse perdido una sola palabra de la «conferencia» porque parecía mortalmente asustada y su labio inferior temblaba de forma incontrolable. A duras penas conseguía aguantar las lágrimas.

—Espiar no siempre es divertido, ¿verdad, Ramona…? —en seguida lamenté mis palabras. Sólo estaba descargando en ella mi rabia y mi frustración. Pero, ¡¿qué diablos…?! ¡Quizás así aprendiera!—. Ponte en contacto con todos nuestros «invitados» y convoca a sus representantes en la Sala de Reuniones. ¡Diles que es urgente! Si es necesario, suplícales y ponte de rodillas, pero asegúrate que asisten. ¿De acuerdo?

—S…, sí, Scott… —respondió mi secretaria, a duras penas.

Desconecté el aparato y me volví hacia Thadeus.

—¿Crees que dará resultado?

—¿Quién sabe? —respondió—. Los c'laaks no son muy populares entre los demás, pero ésta es una situación de emergencia. Si tienen la más remota idea de lo que le sucede a ese «salchichón» nos lo dirán.

—Entre tanto, no le quites ojo de encima, ¿quieres?

—No hay problema. Helen está con ella y la mantiene bajo observación constante…

—¡Sácala de allí! —grité—. Si las «hormiguitas» deciden pasar a la acción, empezarán con quien tengan más a mano…

La sonrisa de Thadeus hizo que me callase. De golpe.

Sabía lo que rondaba por la cabeza y no me gustaba. Conocía mi…, digamos, debilidad hacia Helen. Siempre había lamentado que ella no fuera también una espía. De esa forma, quizá se sentiría más propensa a intentar sonsacarme algún que otro secreto, lo cual me encantaría. Sólo me haría de rogar un poco, lo suficiente como para que se viese obligada a utilizar métodos especialmente «persuasivos».

Pedí a Ramona que me comunicase con ella a través del videófono. Diez segundos después, aparecía en pantalla.

—¡Ah! ¿Eres tú, Scott…? —dijo displicente, clavando sus inmensos ojos verdes en la pantalla.

Ni siquiera la holgada bata blanca podía esconder sus rotundas redondeces. Sólo parecía sobrarle en mangas y cintura. Su melena corta, lacia, rubia, enmarcaba un rostro triangular, pero con formas suavizadas, dulces, haciendo juego con su naricita respingona y su boca, pequeña pero de labios carnosos. La aparente indiferencia con la que se dirigía a mí, me hizo tanto daño como la noticia de que la Humanidad estaba a punto de desaparecer. Parecía una estupidez, pero…

—¿Alguna novedad? —pregunté secamente. Si ella podía mostrarse dura, no pensaba quedarme atrás.

—¿Está Thadeus contigo? —inquirió la chica, a su vez.

—Sí, pero no es eso lo que he preguntado. ¿Hay novedades o no? ¡Y no quiero recordarte que estoy al mando de esto…!

Helen permaneció unos segundos callada, dispuesta a soltar una imprecación por mi reprimenda, pero se contuvo. Suspiró y, aunque de mal humor, me respondió:

—Sí, hay novedades… ¡Y no son buenas!

—¿Es que algo puede ir peor…? —interrumpí sarcástico. Empezaba a recuperar mi cinismo habitual.

—Puede, ya lo creo. No sólo ha dejado de poner huevos, sino que su piel se está secando rápidamente, está endureciéndose como la de una momia…

Thadeus saltó de su asiento para colocarse tras de mí» inclinándose sobre la pantalla.

—¿Puedes enfocarla? —preguntó, ansioso.

—Lo intentaré.

Su imagen desapareció del videofono, mientras movía la cámara. El plano se amplió y, tras un corto travelling, pudimos ver a la Reina-Madre de los c'laaks.

Sólo conociendo las dimensiones de la bóveda que la albergaba, podíamos hacernos una idea de su tamaño. No le faltaba razón a Thadeus cuando la calificaba de «salchichón gigante». Sus «hijos» pululaban solícitos a su alrededor e, incluso, por encima de ella, en un frenesí hormigueante. Parecían enloquecidos, conscientes de que algo iba mal, pero sin poder hacer nada por remediarlo. La había visto varias veces y me daba cuenta de los cambios. Su piel, habitualmente blanquecina, tersa y húmeda, había tomado la apariencia de cuero viejo: amarronada, seca, ligeramente arrugada. Fuera cual fuese el motivo de su cambio, estaba acelerando progresivamente.

Thadeus lanzó un silbido prolongado. Me sonó como un lamento fúnebre.

—Reúne todos los datos disponibles y llévalos a la Sala de Conferencias. Yo te relevaré —ordenó el viejo doctor.

—De acuerdo —aceptó Helen—. Estaré allí en diez minutos.

Cortamos la comunicación y nos miramos descorazonados.

—¿Sabes? —Dijo finalmente Thadeus, rompiendo el tenso silencio—. Creo que ya no tendré que preocuparme por si se me acaban los puros…

Cuando llegué a la Sala de Conferencias, ya se encontraban allí todos los convocados, Helen incluida.

—Siéntense, por favor —rogué, amablemente.

Una estupidez, claro. Pocos podían hacerme caso.

La «sirena» flotaba en un tanque, diseñado especialmente para su transporte. Y la prótesis que permitía la movilidad del «estómago» no estaba adaptada para algo tan complicado como utilizar una silla humana, en caso de que fuera necesario. El gladio siguió inmóvil en su sitio, ataviado con su arnés de guerra, mientras acariciaba ominosamente su puñal sagrado de ceremonia.

Sólo el «chistoso» siguió mi consejo. Pero en cuanto se dejó caer en el sillón, su masa empezó a licuarse, derramándose a ambos lados del asiento. Una muestra de su sentido del humor. Después, aquella especie de jalea se recompuso hasta tener una vaga apariencia humana, una especie de monstruo de Frankenstein. O no dominaba muy bien su transformación, o quería ridiculizar a los terrestres. Opté por lo

segundo.

—Bien, ruego que perdonen las molestias que les haya podido causar mi convocatoria —empecé, ceremoniosamente—. Pero creo que nos enfrentamos a una pequeña crisis…

—¿Pequeña? —repitió el «chistoso»—. Me encanta tu zentido del humor, humano. Parecez un jerk…

—Lo sabemos —interrumpió la «sirena»—. Los c'laaks nos han comunicado lo que sucede…

Tenía que haberlo imaginado. Al fin y al cabo, se conocían y trataban mutuamente muchos siglos antes de que nosotros apareciésemos en escena. Ahora, en lugar de buscar posibles aliados, tendría que enfrentarme a su hostilidad. Si les habían convencido de que todo era culpa nuestra, no lograríamos ninguna ayuda.

Sería mejor empezar tanteando el camino.

Dije:

—Si están enterados, se habrán formado una opinión…

—¡Es algo hermoso! —Soltó la «sirena», consiguiendo que casi se me desencajase la mandíbula de asombro—. Es un acto de amor hacia su Reina. Demuestran que son incapaces de vivir sin ella…

Mientras hablaba, me miraba directamente a los ojos y sentí cómo me iban absorbiendo lentamente, me devoraban, me envolvían en un manto cálido, confortable, acariciante.

—Hay amorez que matan. Ez un proverbio terrezte, ¿verdad? —intervino el «chistoso», logrando que volviera en mí.

Me giré hacia él y mis ojos se abrieron como platos. Sin darme cuenta, había cambiado su aspecto, tomando la forma de un esqueleto humano. Parecía divertirse desde aquella sonrisa descarnada.

Si supiera que servía de algo, le hubiera dado un puntapié en las costillas. Pero sería lo mismo que patear un montón de gelatina. Sólo conseguiría ensuciarme las botas. No obstante, aquella observación me dio una idea:

—Exterminar una raza no es un acto de amor…

La «sirena» pareció desconcertada.

—¿Exterminar…? ¿Quiere decir que no han aceptado voluntariamente seguir los pasos de los c'laaks…?

—No, exactamente —respondí, intentando cargar mis palabras de sarcasmo.

—¡Oh! Creíamos que no podían soportar la vergüenza de lo ocurrido y se unirían a ellos. Estaba a punto de felicitarle por su ofrenda, por su

amor hacia los c'laaks. Incluso nuestra delegación estaba dispuesta a sacrificarse con vosotros. Estoy segura de que Marinia estará de acuerdo con nosotros…

Sentí un rugido despectivo, proveniente del gladio. Evidentemente, no era del tipo que aceptara morir tan fácilmente. Antes, moriría matando. En cambio, yo sentía deseos de levantarme y desnudar mi pecho para que la «sirena» me arrancase el corazón con sus manos. De habérmelo pedido, yo mismo lo hubiera hecho. Estaba absolutamente hipnotizado por ella, afortunadamente, Helen, situada tras de mí, se dio cuenta de lo que ocurría y en un gesto que parecía casual, me clavó las uñas en el brazo. El dolor hizo que volviera en mí. La miré, intentando darle las gracias, pero me contuve al ver el desprecio que expresaban sus ojos. Si quería perder puntos delante de ella, no podía haberlo planeado mejor.

El jerk debió darse cuenta de lo que sucedía, porque emitió una apagada risa desde sus mandíbulas descarnadas.

—El…, el sacrificio —apunté, en cuanto pude recuperar la palabra— es algo que tomaremos en consideración más adelante. De momento, estamos tratando de adoptar otras vías de acción…

—Es un interesante problema —dijo el «estómago» desde su trípode metálico—. ¿Es lícito exterminar una raza, aunque sea la causante de nuestro propio exterminio…?

Aquel montón de tripas se retorció de delectación. Posiblemente le habíamos dado un tema de meditación para los próximos mil años, ya que no volvió a abrir la boca — ¿boca?— en toda la reunión. Tampoco podríamos contar con ellos.

—Ezto ze pone feo, ¿eh? —comentó Helen. Una Helen desnuda y sonriente, guiñándome cómplicemente un ojo.

Parpadeé repetidamente, sin dar crédito a lo que veían mis ojos. Naturalmente, no era Helen, sino el jerk. A mi lado, Helen se mordía los labios para no gritar de furia con los ojos chispeantes de rabia.

Me volví al jerk para pedirle que pusiera fin a aquella farsa, pero no sabía qué decir. ¡Era tan parecido! ¡Tan igual! ¿Cómo diablos había podido copiar tan exactamente a Helen…? Para eso tenía que conocerla bien, muy bien, hasta los secretos más escondidos e íntimos de su cuerpo… ¿Tenía Helen aquella peca bajo su pezón izquierdo? Y si la tenía, ¿cómo podía saberlo el jerk? Corté mi pensamiento antes de volverme loco.

—He pedido que nos reuniésemos aquí —empecé, volviendo a la

reunión— con la esperanza de que alguno de ustedes conozca la enfermedad —o lo que sea— que está sufriendo la Reina-Madre de los c'laaks. Sólo así lograremos evitar la catástrofe. Si conseguimos curarla…

—¿Quién se preocupa de curar? —Interrumpió el gladio—. Mi pueblo está más interesado en matar que en curar.

—¿Sugiere que matemos a la Reina-Madre? Eso sólo aceleraría nuestra destrucción…

El gladio sonrió, acariciando su puñal.

—Ése no es nuestro problema.

—Creo que sí. Los c'laaks están dispuestos a arrasar la Luna… ¡Y ustedes se encuentran en ella!

—Esos insectoides no se atreverán a atacarnos —escupió despectivamente el gladio.

—¿Por qué?

—¡Los exterminaríamos!

—Si muere su Reina-Madre, están prácticamente exterminados. Sólo ella asegura la supervivencia de su raza. ¿Qué más les da…? Estoy seguro que otros también harían lo mismo.

El gladio entrecerró los ojos y sentí que su odio llegaba hasta lo más profundo de mis entrañas. Si le provocaba un poco más, no tardaría en saltarme al cuello aullando.

—Entonces… —admitió, mientras aparecía una sonrisa lobuna en su rostro—. Tendremos que anticiparnos, ¿no es así?

—¡No creo que sea el momento de empezar una guerra, sino de procurar que la Reina-Madre vuelva a poner sus huevos! —añadí, furioso. Lo único que faltaba era abrir un nuevo frente en aquella batalla.

—¿Qué tiene de malo una guerra? —Adujo el jerk—. Ziempre ez buen negocio. Precizamente, tenemos un nuevo tipo de bomba capaz de aniquilar todo tipo de vida en…

—¡Por favor! —corté, resoplando—. ¡Y le ruego que no siga manteniendo esa forma!

—¡Oh! Lo hacía por uzted, por complacerle. Creí que le rezultaba muy atractiva…

—¿Cómo sabe que…? —no acabé la frase. Aquello era meterse por terreno pantanoso—. Quiero decir, ¿por qué ha imaginado que podría resultarme atractiva?

—Tenemoz nueztroz medioz… —y volvió a guiñarme un ojo, para

desviar la vista hacia Helen.

Ella bufaba como una locomotora.

—Tenemos que preocuparnos por la Reina-Madre… —aduje, volviendo al tema principal.

No pude proseguir. El suelo empezó a vibrar ostensiblemente, sacudido por misteriosas contracciones.

Desvié la vista hacia los amplios ventanales de la sala y, casi en el horizonte, distinguí un resplandor rojizo. No había querido creerlo, pero no me había equivocado. ¡Eran explosiones! ¡Y procedían del recinto de los c'laaks!

El gladio volvió a sonreír siniestramente.

Ya no tenía porque preocuparme de una posible guerra futura. Teníamos una entre manos.

Capítulo 3

EL videófono de la sala empezó a destellar histéricamente.

Un oficial de Seguridad apareció en la pantalla. Su cabeza presentaba un considerable corte del que manaba abundante sangre cubriéndole el rostro. Tras él, se encontraba el recinto de los c'laaks, pero no se distinguía nada. Todo era humo y sangre, confusión y cadáveres.

—¡Señor Larsen! ¡Los gladios han…!

—¡Lo sé! ¡Avise a Mac Pherson e intenten detenerles como sea!

—¡Detener a esos carniceros! —se estremeció visiblemente—. Han entrado a sangre y fuego. No podremos…

—¡Avise a Mac Pherson! ¡Yo voy hacia allá!

—El general Mac Pherson —me rectificó, haciendo hincapié en el cargo— ya está avisado.

—Por supuesto. No sé en qué estaba pensando.

Ni sabía quién estaba realmente de mi parte. Empezaba a cansarme de tanta seguridad y tanto Mac Pherson.

Me volví hacia el gladio, que sonreía orgullosamente. ¿Cómo se llamaba…? ¡Ah, sí, Regnus!

—¡Y usted vendrá conmigo, Regnus! ¡Esa estupidez debe terminar!

—Tendrás que obligarme, humano… ¡Y me gustará ver cómo lo haces! —exclamó desafiante, mientras desenvainaba su puñal de ceremonias.

Yo no tenía ni un maldito cortauñas. Sí, a mí también me gustaría saberlo. Desesperado, metí la mano en mi chaqueta y, cogiendo mi pipa por la cazoleta, la extraje apuntándole con la boquilla.

—¡Mueva un solo pelo y lo frío, Regnus! ¡No bromeo!

Una silla empezó a avanzar torpemente hacia mí. Era el jerk. Ante el peligro, había decidido que lo mejor era pasar cuanto más desapercibido, mejor.

—No zabía que zuz pipaz fuezen…

—¡Cállese! —Grité, antes de que descubriera el pastel—. ¡A partir de ahora, sólo hablaré yo!

El gladio fijó sus ojos sobre mi pipa, con aires de sospecha. Si se olía que le estaba tomando el pelo…

—Le conocemos, Larsen. Usted no suele ir armado.

—¿No sabe reconocer un láser cuando lo ve? —respondí, intentando sonreír confiadamente. Me temo que sólo pude exhibir una deplorable mueca.

Lentamente, sin abandonar su desconfianza, Regnus envainó su puñal. No quería correr riesgos innecesarios, pero sabía que, a la menor oportunidad, me lo hundiría entre los omoplatos.

—No, Regnus. Deme su navajita… —ordené suavemente.

—¿Quiere morir? —silabeó el gladio entre dientes.

Helen se acercó hasta mí, para hablarme al oído.

—Si insistes, te matará. Cuando un gladio se ve despojado de su daga, se siente deshonrado. Se lanzará contra ti antes de entregártela.

Tenía dominada la situación, de momento. Podía permitirme el lujo de mostrarme magnánimo.

—Muy bien, puedes conservar tu arma. Pero me acompañarás al Mar de las Lluvias…

—Naturalmente —aceptó el gladio, complacido—. Quizá todavía llegue a tiempo de participar en la matanza.

¡Simpático, el chico! Eso estaba por ver. Pero si no conseguía pronto un arma, dudo mucho que pudiera impedírselo con una pipa.

—¡Voy contigo! —exclamó Helen, aferrándose suavemente a mi brazo.

—¿Helen? ¿Eres tú…? —pregunté dudoso, intentando localizar al jerk de reojo. Ya no me fiaba de mi sombra. Era cierto que sentía en mi espalda el contacto de dos formas blandas e inequívocamente humanas, pero…

—¿Es que no me conoces? —contestó ella ofendida, con voz fría como el hielo.

—Por lo visto, menos que los «chistosos»…

Una risita ahogada procedente de una silla, me confirmó que el jerk no había abandonado su camuflaje.

—Está bien, vamos —acepté.

Los gladios habían bloqueado el túnel de comunicación con el Mar de las Lluvias, así que no teníamos otro remedio que utilizar la vía de superficie. Los vehículos lunares suelen ser bastante pequeños y la idea no me apasionaba. Significaba estar muy cerca del gladio, demasiado cerca. Pero no teníamos otro remedio.

Seguridad se encargó de proveernos de los trajes necesarios y una patrulla de escolta. Por mi parte, cambié mi pipa por un láser de alta potencia con su cinturón adjunto.

En contra de mis temores, no sucedió ningún incidente durante el viaje. El gladio parecía realmente ansioso de llegar al recinto de los c'laaks y sus pupilas destellaban, reflejando el fulgor de las explosiones que se sucedían, intermitentemente, dentro de la cúpula.

A medida que nos acercábamos, podíamos distinguir detalles de la confusión que rodeaba el enorme pabellón que albergaba a la Reina-Madre de las «hormigas». Una vez entramos por la esclusa de descompresión hasta el interior de la cúpula, el panorama se aclaró por completo.

El pabellón estaba rodeado de un sinnúmero de cadáveres destrozados. La mayoría pertenecían a los c'laaks y su sangre verde empapaba la hierba que cubría el terreno. Eran superiores en número a los gladios, pero inferiores en armamento y ferocidad. De momento, los gladios no habían conseguido romper la férrea resistencia de los insectoides, que soportaban las acometidas de los atacantes con suicida determinación. Los puñales de ceremonia y las espadas-láser de los gladios trazaban sus arcos mortales, cortando miembros, cuerpos y cabezas, pero la presión del número de sus enemigos les obligaba a ceder terreno una y otra vez.

Pensé que todo habría sido muy mucho más rápido de haber empleado láseres, pero los gladios eran salvajes, no suicidas. Unos cuantos disparos mal dirigidos o perdidos, destrozarían la cúpula y la descompresión les mataría a todos. Al ser hermético el pabellón, no tenía sentido exponerse a una muerte cierta mientras el objetivo prioritario, la Reina-Madre, podría seguir viva con toda comodidad.

—Thadeus está en el pabellón… —susurró Helen, a mi lado.

—Si logran entrar, lo harán pedazos junto a la Reina-Madre —reconocí—. Por muy amablemente que Toby les suelte eso de «¿Qué hay

de nuevo, viejos?», no creo que les ablande el corazón…

—¡Idiota! —masculló ella.

Un comandante de las fuerzas de Seguridad corrió hacia nosotros al divisarnos.

—Llegaron poco a poco, esos… —se tragó los insultos, al ver a Regnus junto a mí—. Primero, uno a uno; después, formaron pequeños grupos. Cuando quisimos darnos cuenta, ya era demasiado tarde. Empuñaron sus armas y se lanzaron sobre las «hormigas».

—¿No habéis podido detenerles? —pregunté, imaginándome anticipadamente la respuesta.

El comandante exclamó:

—¿Cómo? Si intentamos intervenir, ambos bandos se vuelven contra nosotros. Y por otra parte, ¿contra quién combatimos? ¿Contra esos…, esos gladios, o contra las «hormigas»?

«¡Contra todos!», pensé fúnebremente. «¡Y todos ellos, contra nosotros!»

—Hemos perdido varios hombres en la refriega y una docena más han sido llevados al hospital —concluyó el comandante.

Sólo había una forma de intervenir. Me volví hacia Regnus.

—Detén la batalla…, ¡diles a tus hombres que cese el combate!

El gladio ni siquiera me respondió. Sólo me miró como si fuese una cucaracha.

Lentamente, con toda la ceremonia de que era capaz, desenfundé mi pistola, la gradué a máxima potencia y la levanté, apuntando directamente entre sus ojos.

—¡Ordénales que se detengan! —mandé con voz espesa.

Tenía cierta ventaja. El puñal de Regnus estaba fuera de su alcance, bajo el traje espacial. No tenía forma de acceder a él y era algo de lo que yo podría sacar ventaja.

Me equivoqué.

La garra del gladio se disparó como un resorte, desgarrando la parte delantera de mi traje espacial, atravesando plástico y metal, hasta llegar a mi piel, lanzándome a varios metros de distancia.

Intenté incorporarme, mientras el dolor lacerante quemaba mi estómago, pero no tuve tiempo. Su patada me alcanzó en el hombro izquierdo, haciéndome rodar nuevamente por el suelo. Los hombres de Seguridad, sorprendidos, dudaban en disparar, cruzándose miradas de desconcierto. Al fin y al cabo, estaban frente al representante máximo de una raza alienígena. ¿Tenían derecho a freírlo, o no?

Yo ni siquiera lo pensé. Cuando volvió a lanzarse sobre mí, apreté convulsivamente mi dedo en el gatillo y el láser escupió su delgado hilo mortal de luz sólida, abriendo un perfecto agujero en una de sus piernas. Con un rugido de frustración, se desplomó pesadamente a pocos metros de mí. Intentó levantarse, pero su pierna herida cedió, cayendo nuevamente de bruces.

—Está bien…, Regnus… —balbucí, intentando recuperar el aliento —. Has perdido, reconócelo. ¡Detén la matanza!

—Nunca… —escupió ferozmente. El odio que brillaba en sus ojos los hacía refulgir como una gema de valor inigualable.

Ante mi asombro, clavó su garra izquierda en el suelo y flexionó el brazo, empezando a arrastrarse hacia mí. Sólo parecía tener una idea en su mente: ¡matarme!

Tendría que apelar a su instinto guerrero y sanguinario, en lugar de su razón. Apoyé el cañón de mi láser en su frente.

—Es una estupidez perder la oportunidad de morir en un combate glorioso… —el gladio se detuvo—. Si prefieres acabar aquí, como un perro, sólo tienes que negarte de nuevo.

Sin dejar de clavar su mirada en mí, apoyó ambas manos en el suelo y se irguió, apoyándose en su pierna sana. Sonrió de nuevo, enseñándome sus temibles colmillos.

—Tienes razón, humano. Por esta vez, tienes razón…

Levantó sus brazos al aire y emitió un rugido pavoroso que nos hizo estremecer a todos. Poco a poco, sus hombres fueron deteniéndose. Los c'laaks aprovecharon aquel pequeño momento de respiro para reagruparse frente a la puerta del pabellón donde se encontraba su Reina-Madre, dispuestos a seguir defendiéndola.

Regnus se acercó lentamente hacia los suyos, cojeando, y se dirigió a ellos en una mezcla de rugidos y gruñidos, absolutamente ininteligibles para nosotros. Por si acaso, hice una señal a los hombres de Seguridad para que estuviesen preparados. No quería sonreír confiada y triunfalmente para ver cómo, a un gruñido del gladio, los demás saltaban hacia nosotros, abriéndonos la garganta de oreja a oreja.

El discurso de Regnus tenía apariencia de ser convincente, pues ninguno de los otros replicó. Bueno, miento. Sólo uno pareció emitir un pequeño gemido de protesta, pero medio segundo después su cabeza quedaba separada del cuerpo por uno de sus compañeros. El torso vaciló a derecha e izquierda, para terminar cayendo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Regnus dio un

despectivo puntapié a la cabeza de su congénere, antes de proseguir.

Las dagas volvieron a sus empuñaduras y los sables se apagaron casi al unísono. Dando un suspiro de alivio, me volví a mis hombres:

—Encargaos de ellos. Quiero que vuelvan a Clavius y no se muevan de allí bajo ningún pretexto.

—Pero, señor… —empezó a decir uno, con el miedo reflejado en su rostro—. Son más de cincuenta…

—Llevadlos uno a uno, si es necesario. Sólo quiero que no vuelva a suceder nada semejante. ¿Entendido…?

Helen se acercó a mí con expresión preocupada.

—¿Cómo te encuentras…?

No sabía de qué demonios estaba hablando, hasta que me empezaron a fallar las piernas. Dirigí la vista hacia ellas y las encontré empapadas de sangre. Mi sangre. Resbalaba cálidamente desde mi estómago hasta la hierba a mis pies.

—No es nada, apenas me arañó…

—No lo parece —respondió Helen frunciendo el ceño, mientras intentaba abrir los cierres de mi traje espacial.

—El traje absorbió casi todo el golpe. No te preocupes, estoy perfectamente…

Y me desmayé.

Capítulo 4

CUANDO me desperté, tuve la impresión de que me habían partido por la mitad.

—No te muevas, muchacho —dijo una voz que no pude reconocer—. Esto sí es algo que puedo manejar, pero sólo si te quedas quieto…

Abrí los ojos para encontrarme a Thadeus inclina" do sobre mí, con su eterno puro colgando de los labios. No sabía si era muy higiénico, pero me alegraba ver que todo volvía a la normalidad. O casi. Todavía quedaba pendiente el problema de nuestro «salchichón» particular, la Reina-Madre de los c'laaks.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —exclamó una voz junto a mi oído derecho.

—Eso es justamente…, lo que iba a preguntar yo. ¿Thadeus…?

—Pocas cosas. Y todas malas, para no variar. Puedes comprobarlo tú mismo…

Entonces, me di cuenta de dónde me encontraba. Estábamos en una improvisada enfermería, situada en el pabellón de las «hormigas». Quise incorporarme, pero no pude. Mi pecho y estómago parecían de cartón.

—Tómatelo con calma, Scott —advirtió Thadeus—. He tenido que vendarte todo el tórax. Si te esfuerzas demasiado, te abrirás las heridas…

—No insistas, Thadeus. Hará lo que le dé la gana —dijo una nueva voz. Femenina. Helen.

—Chica lista, ¿eh? —respondí—. Ya que lo sabes todo, ayúdame a levantarme.

Entre Thadeus y Helen consiguieron incorporarme a duras penas. Un gigantesco cristal nos separaba de la cámara de la Reina. Seguía

rodeada de sus «hijos», pero entre los insectos podían verse unos cuantos humanos de aquí para allá. Me froté los ojos, sin creer lo que estaba viendo. Los humanos iban…, ¡en ropa interior!

—Hemos aumentado el porcentaje de calor y humedad —explicó Thadeus como si me leyera el pensamiento—. Ya que parece estar secándose, agostándose, pensamos que quizá le conviniera algo así… ¡Pero nada! ¡El proceso sigue su marcha!

De toda una batería de máquinas colocadas junto al muro, surgían cables de todos los tamaños, medidas y colores, para verse conectados con la gigantesca criatura. Los ayudantes de Thadeus tomaban notas sin cesar, comparándolas, estudiándolas, intentando buscar una solución a un enigma irresoluble.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté, sacudiendo la cabeza, para aclarar las ideas.

—No mucho —respondió Helen—. Unas dos horas como máximo.

—Tengo que volver a mi despacho. Hay asuntos pendientes que atender…

—Sería mejor que descansaras, muchacho —sugirió Thadeus, suavemente—. No estás en condiciones de…

—Descansaré cuando esta pesadilla acabe.

—Pero, Scott… —insistió él.

—¡Luego, Thadeus! —exploté—. ¡Ahora, no puedo! ¡Compréndelo!

—No malgastes saliva, Thadeus —intervino Helen—. O «gladio Larsen» sacará sus garras y te hará pedacitos. Es temible, te lo aseguro… —concluyó con aire burlón.

El túnel que comunicaba ambos Mares había sido reparado y pudimos llegar sin problemas hasta el edificio de Administración.

La primera señal de que algo iba mal fueron los dos guardias de Seguridad que se encontraban flanqueando la entrada del edificio.

Cuando topamos con mi secretaria, Ramona se limitó a quedarse boquiabierta de asombro. Si no tenía nada que decir, yo tampoco. Pero podía haberme avisado de que mi despacho estaba ocupado.

El general Mac Pherson había tomado posesión de él.

Al verme entrar, se limitó a sonreír despectivamente, antes de abrir la boca:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Así que nuestro moribundo ha resucitado…?

Quise borrarle su sonrisa a puñetazos, pero me contuve. No valía la pena desperdiciar energías con él. No andaba sobrado de ellas.

—Y dispuesto a reintegrarme a mi puesto —aclaré—. Así que le ruego abandone mi despacho…

—¡Mi despacho, querrá decir! Las cosas han cambiado un poco, Larsen. Ahora soy yo quien está al mando.

—Por orden, ¿de quién…?

—Del Consejo Terrestre, naturalmente. Nuestro planeta está en peligro, estamos en una emergencia y lo mejor es que «nosotros» tomemos el mando.

—Estábamos en una emergencia. Quizá vaya atrasado de noticias, cosa que me sorprende, pero la batalla en el Mar de las Lluvias ha terminado…

—No, todo no ha terminado —y sonrió. Me olí que se guardaba un as en la manga, pero no sabía cuál. Tenía que hacerle destapar sus cartas.

—¿Se refiere a la Reina-Madre de los c'laaks…?

—¿Me puedo referir a otra cosa?

El muy cerdo estaba jugando conmigo, pero seguí atacando:

—Thadeus Marsh está con ella y conseguirá descubrir qué es lo que le ocurre. No hay por qué preocuparse.

Mac Pherson exclamó:

—¡Oh, vamos! Sabe muy bien que eso nunca ocurrirá. Teníamos que haber hecho lo mismo que los gladios: ¡acabar con las «hormigas»! Pero eso sí, de una forma más…, discreta. Luego, nos disculparíamos ante los demás monstruos que tenemos aquí invitados: un desgraciado error, una enfermedad incurable, una consecuencia del largo viaje espacial… Lo que sea, no importa… ¡Nadie nos habría culpado y no nos encontraríamos metidos en este maldito embrollo!

—No puede hablar en serio… —me horroricé—. No puede estar planeando el asesinato de toda una raza millones de años más antigua que la nuestra… ¡Es…, es monstruoso!

—¡Es supervivencia! ¡Nuestra supervivencia! ¡La única que me interesa! Y todavía estamos a tiempo de garantizarla…

—¿Asesinando a la Reina-Madre?

—¡A quien sea necesario! —sentenció Mac Pherson.

Apenas podía hablar. La herida me dolía terriblemente y seguir de pie me costaba un tremendo esfuerzo. Pero tenía que convencerle de su error, fuera como fuese.

Empecé a decir:

—Deje trabajar a Marsh…

Él negó en seguida:

—No puedo.

Insistí:

—Al menos, dele tiempo que llegue la nave de los c´laaks…

Sonrió y soltó la bomba.

Dijo con satisfacción:

—Creo que el que está atrasado de noticias es usted, Larsen. La nave de los c'laaks hace una hora que ha entrado en el Sistema Solar. No tardará más de seis en llegar a la Luna y, según nuestras informaciones, es lo suficientemente poderosa como para arrasar la Tierra… ¡Ya no hay tiempo, Larsen! ¡Es asunto de vida o muerte! ¡Matar o morir!

No vi que hiciese ninguna seña o tocase ningún botón, pero varios guardias entraron en el despacho, rodeándome.

—Llévenle a sus habitaciones —ordenó—. Está arrestado hasta que todo esto acabe —se volvió hacia mí—. No pretendo que me comprenda, Larsen, pero después se dará cuenta que…

—No, Mac Pherson —le corté—. Usted sabe que no habrá después. En cuanto se enteren que su Reina-Madre ha muerto, las «hormigas» de esa nave nos exterminarán.

—Primero, tendrán que enterarse —apuntó sin dejar de sonreír—. Y si lo hacen, será de lo último que se enteren en su vida…

—Y en la nuestra —apostillé.

Los guardias me sujetaron por ambos brazos y tiraron de mí, sacándome del despacho.

La entrevista había terminado. La esperanza, también.

Capítulo 5

GRACIAS a una inyección de Helen pude dormir varias horas. Cuando desperté, la rigidez de mis heridas había desaparecido, aunque persistía un sordo dolor. No obstante, ya podía rascarme el cogote sin que los cortes protestasen.

Evidentemente, Mac Pherson se había encargado de atarme las manos: mi videófono estaba desactivado, las armas habían desaparecido de mis habitaciones y, en la puerta, se encontraban dos guardias de Seguridad. Quizá habría podido sorprenderles de haber esperado una oportunidad propicia, pero se habían cuidado de que el mecanismo de la puerta sólo pudiera activarse por fuera. No estaría en peor situación si me hubiesen transportado a una celda de máxima seguridad.

Cuando casi había gastado mi alfombra de tanto pasearme de un lado a otro, oí voces en el pasillo. Una de ellas parecía femenina:

—Sólo vengo a revisar sus heridas. Tengo permiso del general Mac Pherson…

Era Helen.

Los guardias debieron empeñarse en registrarla, porque pude oír sus indignadas protestas con toda claridad. Prefiero no consignarlas aquí, supongo que la censura tendría mucho que objetar.

Nunca habría creído que una chica pudiera tener tal vocabulario.

Poco después, la puerta se abría y entraban Helen, Thadeus, y…

—¿Qué hay de nuevo, viejo…?

Sí. También Toby.

—¿Es que no puedes librarte de esa maldita máquina ni un segundo? —estallé, indignado. Mi sentido del humor no se encontraba en sus mejores momentos.

Thadeus sonrió, señalándome, antes de hablar con Helen.

—Este muchacho ez un poco nerviozo, ¿no ez cierto?

No sé cuánto tiempo mantuve la boca abierta, pero se me hizo eterno. Una divertida Helen rompió el silencio:

—Deja de provocar a las moscas con esa bocaza y date prisa. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué…, qué…, hace ese «chistoso» aquí? —balbucí, señalando al jerk que me contemplaba sonriente, apoyado en la pared.

—Ayudarme a que salgas de aquí. Desnúdate, rápido.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Debía estar dando una impresión deplorable.

—No te preocupes, no estoy deseando abalanzarme sobre ti. No lo haría, ni aunque fuese mentira lo de Ramona…

—No creas todo lo que cuentan.

—¡Claro, claro! Es pura envidia, ¿verdad…? ¡Desnúdate de una vez!

Decidí obedecerla. Por lo menos, hasta que aclarase un poco mis ideas.

—Creo que merezco una explicación, ¿no…? —objeté, mientras me quitaba la camisa.

—Ez muy zencillo —empezó el jerk—. Hemoz entrado trez perzonaz en tu habitación y zaldremoz cuatro, pero elloz creerán que zólo zomoz trez… Genial, ¿verdaz?

Debía serlo, pero no entendía ni palabra,

—Escucha, zoquete, ¿Quiénes hemos entrado aquí?

—El jerk, Toby y tú.

—Me refiero a quién se creen los guardias que hemos entrado aquí… —me rectificó Helen con toda la paciencia de una maestra que le enseña la letra A a un analfabeto recalcitrante.

—Thadeus, Toby y tú.

—¡Ya era hora! Pues bien, de la habitación también saldrán Thadeus, Toby y yo, pero…, ¡tú vendrás con nosotros!

Me pellizqué para asegurarme que no estaba soñando y aquello no era una pesadilla. Seguía sin entender nada.

—Pero… —balbucí—. No me parezco lo más mínimo a Thadeus. Ni siquiera un experto en maquillaje podría…

—¡Nadie está hablando de maquillaje! ¡«Chistoso» resolverá el problema! —insistió Helen, ya casi desesperada.

—¿Ah, sí…?

—¡Santo Dios! —Gritó ella, fuera de sí—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto…? ¿Acaso no tiene ahora aspecto de Thadeus?

—S… sí… —admití. Al menos, eso era cierto.

—Pues volverá a tenerlo…, ¡pero sobre ti! ¡Te recubrirá con su cuerpo y el aspecto de Thadeus!

Mientras miraba atónito al «chistoso», su sonrisa empezó a desvanecerse, a «fundirse», conjuntamente con sus formas humanas. La ropa de Thadeus empezó a perder forma y a deslizarse lentamente hacia el suelo, cuando el jerk perdió consistencia y reasumió su aspecto gelatinoso, amorfo. Lentamente, empezó a acercarse hacia mí.

—Un momento, un momento… —rogué, desesperadamente. No me convencía la idea de verme como soporte de aquella masa—. Antes, quiero que me hagáis un resumen de la situación. Tenemos que saber a qué nos enfrentaremos cuando salgamos de aquí.

Según Helen, la situación era poco menos que desesperada. La nave de los c’laaks se había situado en órbita lunar, pero Mac Pherson se había encargado de que no pudieran ponerse en contacto con sus compatriotas del Mar de las Lluvias. Problemas de comunicación, era su excusa. Nuestra tecnología estaba en pañales, no podía compararse con la suya, tenían que comprender nuestras carencias y debilidades, etc. No estaba mal, tenía que reconocerlo. Máxime, cuando se había encargado de que la conducción de los huevos de la Reina-Madre a la nave-transporte se realizase sin ninguna demora. Supongo que había intentado despachar el cargamento de huevos y sacarse de encima la nave de los c’laaks, pero éstos no estaban dispuestos a marcharse del sistema solar sin asegurarse de que su monarca estuviera bien.

Los c’laaks habían dado un plazo para restablecer las comunicaciones. Si no podían ver y hablar con su Reina-Madre, bajarían a la Luna. Y eso, evidentemente, era impensable. Entretanto, preparaba las pocas fuerzas terrestres para la hipotética batalla. Pero supongo que ni él mismo podía engañarse. Si estallaba el combate, nuestras posibilidades eran menos que ínfimas.

Miré con sospecha la masa de engrudo que se apilaba a mis pies, dispuesta a echárseme encima.

—¿Y cómo te has asegurado la ayuda de los jerks? —pregunté, extrañado—. No creo que ni siquiera ellos puedan considerar esto como una situación divertida…

—¡Oh, yo puedo conteztar a ezo! —soltó el «chistoso» clara y nítidamente, a pesar de que no se le veía ningún aparato bucal—. Puedo

azegurarte que no nos pareze graziozo que laz «hormiguitaz» exterminen toda una raza…

—Gracias —aseguré, conmovido.

—¡Por zupuezto! ¡Imagínate el mercado que perderíamoz! —Continuó con energía—. Tenemoz millonez de cozaz que venderoz; dezde la patente de loz motorez intereztelarez, hazta el cultivo de laz bacteriaz necezariaz para limpiar eze puré al que llamáiz atmózfera…

—¡Oh, entiendo! —exclamé, menos entusiasmado.

—¿Satisfecho? —intervino Helen, malhumorada—. Pues, démonos prisa. Los soldaditos de ahí fuera van a pensar que te estoy haciendo una operación a corazón abierto… ¡Ya llevamos demasiado tiempo aquí!

Quitándome la última prenda de ropa, aspiré todo lo profundamente que pude.

—¡Cuando queráis!

El jerk siguió arrastrándose hacia mí, hasta tocar mis pies. Su contacto era frío, viscoso, y no pude reprimir un escalofrío. Poco a poco, empezó a subir por mis piernas, cintura, pecho…

Cuando empezó a cubrir mi rostro, boqueé nerviosamente. No podía evitar la sensación de ahogo, de asfixia, pero ninguno de mis temores se confirmó. Mis ojos, boca y orificios nasales, no fueron cubiertos por la masa palpitante que, poco a poco, se endurecía hasta conseguir la solidez de la carne humana.

—Intenta moverte —dijo una voz que pareció resonar en todo mi cráneo—. Tengo que terminar de adaptarme a tus articulaciones. ¿No querrás que nos parezcamos a Toby, verdad…?

Me dirigí hacia uno de los espejos del cuarto, no sin pensar que el ceceo del jerk había desaparecido. Ya trataría de averiguar los motivos más tarde. De momento, parpadeaba atónito ante la imagen reflejada ante mí.

Era yo. «Sabía» que era yo. «Debía serlo», pero…, ¡allí estaba Thadeus! Un poco más alto, un poco más robusto, pero idéntico en cada uno de sus detalles. Hasta las manchas de nicotina de sus bigotes eran exactas.

—Tendría que haber adelgazado unos cuantos kilos y perdido unos cuantos centímetros… —comenté, mientras movía brazos y piernas como un pelele, probando la fluidez de mis movimientos.

—Nadie se fijará en esos detalles —aseguró Helen—. ¿Preparados?

—No, pero… —terminé de vestirme con las ropas de «Thadeus».

Helen hizo la señal adecuada y la puerta se abrió. Los guardias bloqueaban la salida con sus cuerpos, observándonos fijamente. Creí notar un sudor frío recorriendo mi frente, pero debió de ser mi imaginación. ¿Se puede sudar cuando estás helado de miedo? Volviéndose hacia el interior del cuarto, ella exclamó en voz alta:

—¡Intenta dormir, Scott! ¡Te hará bien! —Y, enfrentando a los guardias—: ¿Nos dejan pasar de una vez?

Ambos soldados se hicieron a los lados y cruzamos entre ellos sin que hicieran el más mínimo movimiento de alarma. No pude evitar sonreírles y decir:

—¿Qué hay de nuevo, viejos…?

Toby giró sus células oculares hacia mí, encendiéndolas y apagándolas febrilmente. Si un robot podía expresar perplejidad, no encontraría un mejor ejemplo.

Nos alejamos lo más rápidamente posible del edificio de Administración, encaminando nuestros pasos hacia las instalaciones médicas. Una vez allí, nos encerramos en uno de los laboratorios. En nuestro trayecto únicamente habíamos visto guardias de Seguridad y soldados. Fuera lo que fuese lo que estaba preparando Mac Pherson, no se andaba con chiquitas. El movimiento de tropas era casi histórico.

—No te quejarás, ¿eh? —dijo Helen, satisfecha.

—¿Es seguro este laboratorio? —pregunté, nervioso—. Mac Pherson tiene sembrada la Luna de micrófonos y cámaras-espía…

—¡Oh, sí! Toby se encarga de eso —respondió sin perder el buen humor.

Yo me pregunté si alguna vez había sido realmente jefe de aquella base, si alguna vez había controlado las circunstancias, o todo el mundo había conspirado contra mí: unos, para vigilarme; otros, para escapar a mi vigilancia… ¡Dios, qué lío!

—Está bien, «Chistoso» —anuncié a mí mismo—. Ha sido un placer, pero se acabó. Adopta otra forma, la que quieras…

Me alegré de no tener esta vez un espejo delante. No sé si hubiera soportado la visión de mi cuerpo «derritiéndose», descomponiéndose y cayendo al suelo. Frente a mí, empezó a formarse un sosias de Helen… ¡Completamente desnuda!

—¡Menos ésa! —gritamos los dos al unísono.

Mientras nos mirábamos embarazados, el jerk soltó una de sus típicas risitas, antes de volver a adoptar la figura de Thadeus. Era el momento de tomar el mando de las operaciones.

—Según lo que me has contado… —empecé—, tarde o temprano, los c'laaks se empeñarán en bajar y Mac Pherson no tendrá otro remedio que presentarles batalla. ¡Eso es justamente lo que tenemos que evitar: la guerra!

—¡Qué lumbrera! Nunca se me habría ocurrido —exclamó Helen, sarcásticamente.

—Gracias por tus palabras de ánimo —contesté. Si se empeñaba en mostrarse desagradable, le demostraría quién podía serlo más—. Ya que pareces haber pensado en todo, explícanos tú cómo conseguirlo…

—Sigue —contestó, secamente.

—Para los c'laaks, sigo estando al mando de las instalaciones lunares. Supongo que Mac Pherson no se habrá atrevido a decirles que toda la estación está bajo control militar. Sería demasiado comprometido.

Y ya que el capitán de la nave no puede bajar a la Luna para entrevistarse conmigo, yo tendré que ir hasta su nave…

—¡Maravilloso! —Cortó Helen—. Sólo tienes que ponerte tu traje azul y rojo, tu capa y salir volando de aquí…

Decidí hacer caso omiso. No podíamos pasar todo el día celebrando un consumo de ingenio.

—Dijiste que Mac Pherson está enviando los huevos a la nave…

—Sí, pero… —esta vez, estaba desconcertada—. En cuanto te descubran, saltarán sobre ti como lobos. Ni siquiera disfrazado de Thadeus podrías entrar a una de las lanzaderas. Los civiles tenemos prohibido salir del recinto de la estación.

—A menos que el propio Mac Pherson nos autorice…—añadí.

—Sí, bueno… ¡Pero eso es más difícil que te conviertas en Superman!

—No tanto —sonreí, chasqueando los dedos hacia el jerk—. Necesitamos un Mac Pherson…, ¡marchando!

—¡Oh, no zerá ningún problema! ¡Ya veraz!

Los rasgos de Thadeus se borraron lentamente. La masa fluctuante del «Chistoso» se reagrupó mórbidamente hasta conseguir formar un doble de nuestro «querido» general.

—Voilà! —grité, exultante—. ¡Aquí tenemos nuestro pasaporte para salir de la Luna! ¡En marcha…!

Helen me dirigió una mueca despectiva:

—Sí, vamos. Si no impresionas a los c'laaks con tu elocuencia, lo harás con tu desnudez.

Quedé clavado en el suelo, en medio de un paso. ¡Qué bruto soy! No había sido consciente de ese «detalle» hasta aquel momento. Una vez el jerk me había dejado, sólo estaba cubierto por mi propia piel.

—Siempre puedes decir que quieres demostrar que no tienes nada que ocultar… —continuó Helen, mordaz—. En el fondo, es la verdad. No sé qué pudo ver en ti esa gordinflona que tienes por secretaria…

—Ya discutiremos ese tema en otro momento, ¿te parece?… —apunté, furioso.

—No, no me parece. No creo que tengamos nada que discutir. Cada uno es libre de revolcarse en el fango con quien quiera. No tengo culpa de tu mal gusto…

Alcé los ojos al cielo, pidiendo clemencia. En medio de una crisis como aquélla, sólo me faltaban las puyas de una xenóloga celosa. Pero nuestra futura discusión prometía ser movida. Antes de que yo explicase nada, tendría ella que explicarme a mi cómo podía haberla copiado el jerk tan exactamente. ¡Ya lo creo que me lo explicaría!

De todas formas, teníamos un montón de problemas que resolver:

—No sólo tenemos que conseguir ropas para mí, sino un traje espacial…

—¡Dos! —Cortó Helen—. ¿No pensarás que me voy a perder lo mejor?…

Era inútil abrir un nuevo frente en nuestra batalla particular. Preferí ceder.

—Está bien, dos. Y no sólo eso. El acceso hasta las lanzaderas lunares no será fácil. Si Mac Pherson no es más idiota de lo que creo, y creo que lo es mucho, habrá restringido las autorizaciones. Y si no sabemos las claves…

—Entonces, seremos tres —interrumpió Helen—. ¿Para qué crees que he traído conmigo a Toby? ¿Para que nos vaya saludando constantemente?…

—¿Aceptaréiz zer cuatro? —preguntó tímidamente el jerk.

—¡Bravo! ¡A este paso, reuniremos todo un ejército! —Mascullé entre dientes—. ¡Cuantos más seamos, más reiremos! Sobre todo, en el momento de escondernos en una lanzadera. Podríamos pedir un carguero c'laaks; quizá sean tan amables de concedérnoslo.

—¡Eztá bien, eztá bien! No inziztiré. Me quedaré aquí, penzando en laz zeñaz que tendráz que hacer para entenderte con loz c'laakz. ¿Porque hablaraz c'laak, verdad?

—Tú sí lo hablas, ¿no? —dije, suspirando.

—Por zupuezto.

—¡Seremos cuatro! —acepté, resignado.

Lo más urgente era conseguir los trajes espaciales. Con ellos, podríamos prescindir de la demás indumentaria. Nadie se preocuparía de si llevábamos ropa interior o no, ni se asomarían al cuello del traje de «Chistoso» para corroborar que, bajo él, lucía su uniforme cuajado de estrellas.

Helen y Toby eran los que menos sospechas podían levantar y se encargaron de conseguirlos. No encontraron oposición. La clave del depósito donde se encontraban no fue problema para el robot y veinte minutos después volvían al laboratorio.

Una vez equipados, empezamos la procesión hasta el hangar de las lanzaderas. «Chistoso» nos abría todas las puertas y conseguía que pasásemos los controles militares sin ningún problema. Bastaba una mirada feroz, para que los guardias de Seguridad nos franquearan las puertas, temblando. ¡Menos mal, porque poco más hubiésemos podido hacer! El ceceo del jerk habría echado por tierra nuestro disfraz. Yo procuraba pasar desapercibido. Mi destitución habría circulado como un reguero de pólvora entre el personal de la base, pero la presencia del falso Mac Pherson legitimaba la mía. Podía ser un acompañante, un lacayo, o un prisionero… ¡Qué importaba!

El gigantesco hangar de las lanzaderas me recordó el recinto de la Reina-Madre de los c'laaks. Alrededor de la enorme cinta transportadora, los técnicos se afanaban como hormigas, llenando los containers con su delicada carga de huevos, convenientemente protegidos. Al final, esperaban las bodegas de una lanzadera. A medida que éstas estaban llenas, se ponían en movimiento hacia su rampa de lanzamiento. Varias esclusas de seguridad para evitar la pérdida de oxígeno, separaban el hangar de la rampa. Una vez estuviéramos en ella, no habría forma humana —y esperaba que inhumana— de hacernos volver atrás.

Mientras nos acercábamos al centro de control del hangar, «Chistoso» y yo simulamos conversar animadamente, acentuando por mi parte los

asentimientos con la cabeza. Queríamos dar la impresión de que sólo recibía órdenes de su «alteza», el general Mac Pherson. Cuando llegó el momento de hablar, el jerk se dedicó a contemplar las instalaciones con aire ausente, piernas abiertas y bien asentadas en el suelo, manos en la espalda. Como un dios que considerase indigno rebajarse a hablar con sus criaturas.

—El general quiere trasladarse a la nave de los c'laaks. Prepare la próxima lanzadera para que podamos acomodarnos en ella…

Al mando del centro se encontraba un técnico que nunca me había sido simpático. Se llamaba 0,Leary y solía discutirme las órdenes hasta la saciedad. Ahora sabía el motivo. Había abandonado sus ropas civiles y lucía un esplendoroso uniforme del ejército. Otro de los hombres de Mac Pherson.

Miró dubitativamente al «general», antes de dirigirse a él:

—Pero, señor. Hace un momento que he hablado con usted y me dijo que…

—Cambio de planes, 0,Leary —le atajé—. Tenemos que entrevistarnos personalmente con el capitán de la nave.

Me fulminó con la mirada.

—Usted cállese, Larsen. Afortunadamente, ya no puede dar órdenes aquí…

—Pero las da el general… ¿Pretende discutir las suyas, tanto como discutía las mías…? ¡No se lo recomiendo! ¡El general suele ser bastante menos paciente que yo!

Aquello tocó hueso. Un relámpago de miedo cruzó por los ojos de 0,Leary. Si podía evitarlo, no se enfrentaría con su superior.

—¿Señor…? —interrogó, mirando al «general».

«Chistoso» hizo un ademán de cabeza tan enérgico, que temí que se le desprendiera del tronco. Al fin y al cabo, no estaba muy seguro de la cohesión de sus moléculas.

O,Leary, todavía dubitativo, volvió a la carga:

—Permítame recordarle, mi general, que es muy peligroso…

—¡Obedezca miz ordene…! —restalló el jerk.

—¡Tranquilo, general! ¡No se excite! —Corté, antes de que se le escapasen más zetas en lugar de eses—. Estoy seguro de 0,Leary, a pesar de las apariencias, no pretende discutir sus órdenes y ser juzgado por un consejo de guerra sumarísimo. Sólo se preocupa por nuestra suerte…

—¡Eso es, señor! ¡Sólo me preocupaba por usted! —se apresuró a afirmar O,Leary. Y añadió en voz baja—. ¡Jesús, consejo de guerra!

Pero «Chistoso» ya se había embalado y no lo pude frenar.

—Puede dar graci…, euh, agradecer que tenem…, euh, que no hay tiempo que perder… ¡Prepare la lanzadera de una vez!

O,Leary desapareció al trote sin añadir una sola palabra más.

Pero iba con los dientes apretados.

—No te pases, «Chistoso» —advertí, cuando estuvimos solos—. Si nos descubren, nos fusilarán en el acto por deserción y traición a la Tierra.

—¡Oh, pero ez tan emozionante! ¡Zi lez llegó a gritar azi a loz míoz, aún eztarían rajándoze de riza! ¿Ze dice azi?…

—Partiéndose, pero es igual.

—Zoiz una raza con grandez pozibilidadez comercialez —apuntó el jerk—. Tenemoz un ziztema de autocontrol mental y aptitud hipnótica para el mando a muy buen prezio. Creo que lo venderemoz como churra…

—Como churros —rectifiqué—. De acuerdo, pero cállate. Aquí vienen.

0,Leary nos condujo a la primera lanzadera dispuesta para partir. Cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas, Helen y yo cruzamos la mirada y nos sonreímos mutuamente. Todo estaba saliendo bien.

—¿Alguien te ha dicho que tienes una sonrisa preciosa? —pregunté, intentando romper el hielo.

Helen, sin abandonar su expresión, me contestó:

—Naturalmente, es una cursilada muy típica. Ramona, sin ir más lejos, va contando que es uno de tus latiguillos habituales…

Si hubiera tenido cemento a mano, me hubiera tapiado la boca. No le dirigí la palabra en todo el viaje.

Sólo sentí una leve presión cuando la lanzadera luchó con la baja gravedad de la Luna para elevarse hacia la nave de los c’laaks. No tenía ni la menor idea de cómo convencer al capitán c’laak de que no había motivo por el que preocuparse, de que recogiesen sus huevos y volviesen a su sistema silbando alegremente la última canción de moda. Y lo peor es que ya no quedaba mucho tiempo para pensarlo.

A medida que nos acercamos a la nave, un sentimiento se iba apoderando de mí: habíamos salido de la sartén para caer en el fuego.

Capítulo 6

CUANDO desembarcamos en la nave de los c'laaks, «Mac Pherson» ya no estaba entre nosotros. No sabía si el general había «hablado» recientemente con el capitán de la nave y nosotros intentábamos alejar sospechas, no aumentarlas. El c'laak se podría preguntar qué hacía en su nave el humano que, teóricamente, debía estar en la Luna. Además, sería muy raro que un general terrestre hiciera de intérprete entre el capitán y nosotros, si poco antes no chapurreaba una palabra de c'laak.

El recibimiento no fue ni mucho menos triunfal. Tenían motivos para ser desconfiados y nos trataron sin miramientos. Un c´laak puede soportar perfectamente y desenvolverse sin ningún problema en una atmósfera terrestre, pero un humano no soportaría el ambiente natural de las «hormiguitas» más de dos minutos. Cuando nos llevaron ante el capitán de la nave, apenas se molestaron en insuflar un poco de oxígeno en la sala. Helen y yo parecíamos haber terminado de escalar el Everest unos segundos antes: jadeábamos ostensiblemente, intentando inhalar hasta la última molécula respirable.

La conversación fue larga y pesada. Afortunadamente, las pausas en las que «Chistoso» traducía mis palabras al c'laak, me daban un poco de tiempo para pensar la respuesta siguiente. Más o menos, todo transcurrió de la siguiente forma:

Empecé lamentando, deplorando todos los inconvenientes sufridos, pero teníamos problemas en la Luna. La idea de la enfermedad que azotaba a los pobres humanos como una plaga no me parecía excesivamente brillante» pero no se me ocurría otra. Tuve que cambiar la imagen de enfermedad, por la de «incapacidad temporal». Al menos, ésta sí era comprensible por los c'laaks, aunque les provocó una

extrema perplejidad.

Para ellos, la situación tenía una respuesta fácil. Bastaba con cambiar a los humanos aquejados de aquella «incapacidad temporal». Tuve que extenderme en mil explicaciones sobre las diferentes concepciones de humanos y «hormiguitas». Ellos simplemente hubieran tirado a la basura a sus «incapacitados».

Mayor perplejidad todavía les provocó la idea de que no todos los terrestres podíamos sustituir con eficacia y garantía a los encargados de un trabajo específico. Me temo que, como raza, estábamos perdiendo puntos a una velocidad apabullante. Y me lo confirmó la próxima sugerencia del capitán de la nave: si nosotros no encontrábamos sustitutos adecuados, ellos se brindarían muy complacidos a ocupar esos puestos necesarios para el normal desenvolvimiento de la estación lunar. No les supondría ningún problema porque eran preparados» eficientes y bla, bla, bla…

Le dejé hablar y exponer toda su autopropaganda y la conmiseración que les provocábamos una raza tan poco organizada, porque me había colocado contra la pared. Había sorteado fácilmente todas mis pegas y trabas. No tenía otro remedio que acercarme peligrosamente a la verdad, aun a riesgo de que sacase sus propias deducciones.

Por supuesto que los magníficos c'laaks podían sustituir a los estúpidos humanos, si no les importaba el riesgo de contagio. Los primeros estudios habían certificado dicha posibilidad e, incluso, algunos de sus compatriotas mostraban síntomas de ser proclives a padecer la enfermedad.

Me di cuenta de que había metido la pata cuando el capitán de la nave, apenas «Chistoso» le hubo traducido mis palabras, esgrimió un potente láser entre sus tenazas. No tuve que decir nada al jerk. No entendí un solo chasquido de los que emitía, pero pude comprender que le estaba tranquilizando. Nosotros no éramos portadores de la temida enfermedad. Pero, a partir de ese momento, pude comprobar que mantenía el láser a su alcance.

Y, tras las precauciones, la pregunta. ¿No podría su Reina contagiarse también de la estúpida enfermedad terrestre? ¿Cómo reaccionaba esa enfermedad en los c'laaks? Si la enfermedad no causaba la «desaparición» de los c'laaks, no entendían por qué no podían bajar a la Luna. Si la causaba, necesitaban extremar los cuidados y precauciones en torno a su Reina-Madre. En ambos casos, tenían el derecho y la necesidad de ir a la estación.

—Y zi exizte el riezgo de contagio —añadió por su cuenta el jerk— tendríaiz que haberlo advertido antez de enviar loz huevoz.

—¡No digas tonterías! ¡No existe contagio, porque no existe enfermedad! —estallé.

—Yo lo zé, tú lo zabez, pero él no.

—Y espero que siga sin saberlo.

—De todaz formaz, eztá ezperando rezpuezta.

Quieren bajar, ezo ez evidente.

Y era evidente que no podían hacerlo.

—Dile que intentaremos solucionar los problemas lo antes posible, pero que no puedo prometerle cuándo…

Mientras «Chistoso» traducía, intenté concentrarme en el rostro del c'laak, cubierto de una piel quitinosa, en sus antenas, en el movimiento de sus ojos facetados, en el entrechocar de sus mandíbulas, en algo que pudiera darme una pista de sus planes e intenciones, pero era inútil.

Sus rasgos eran demasiado distintos para poder leer en ellos decisiones o emociones.

—Dice que viven por y para zu Reina-Madre —me transmitió el jerk — y que no ze marcharán zin azegurarze que eztá a zalvo… ¡Lo ziento, Zcott, no hay forma de convencerle!

—¡Dios! ¡Si pudiésemos hablar con Thadeus! —maldije—. Quizás a estas horas esté todo solucionado. Pero si nos comunicamos con él —suponiendo que Mac Pherson acceda—, verá lo que está ocurriendo…

—Laz cozaz eztán mucho peor que ezo —siguió «Chistoso»—. No me haz dejado terminar. Dice que zi el único problema para acceder a la eztación lunar zon loz humanoz enfermoz y el riezgo de contagio, elloz ze encargarán de eliminar eze problema…

—¿Eliminar el problema significa eliminarnos a nosotros, los humanos…? —pregunté, sintiendo una terrible opresión en el pecho.

El jerk se tomó su tiempo para contestar.

—Me…, me temo que zí… En cuanto terminen de cargar zuz huevoz, la nave maniobrará para atacar laz inztalacionez lunarez terreztrez…

—¡No puede hacer eso! ¡No puede empezar una guerra! —aullé, fuera de mi.

—No lo entiendez, Zcott. Para loz c´laakz, loz individuoz no zon nada, zon fácil y zimplemente reemplazablez. Loz c'laaks zólo ze comprenden zi loz tomaz como una raza, como un zolo organizmo. Elloz mizmoz ze zacrificarían para azegurar la zupervivencia de zu

Reina-Madre. Azi que, ¿por qué no iban a zacrificar a unoz cuantoz humanoz, que tú mismo reconocez que eztán enfermoz y por tanto zon inútiles…? ¡Lo harán, Zcott, y no podemoz impedírzelo!

Toda la tensión estalló en mí como una granada incandescente. Toda la rabia, toda la impotencia con que me había enfrentado los últimos días, se transformó en furia incontrolable. Yo, que había estado intentando apelar a la razón, a la cordura, me convertí en una fiera rabiosa, arrojándome contra aquel insecto bípedo que pretendía matar a miles de los míos de un plumazo. Sin maldad, sin rencor, sólo por eficiencia.

Lanzando un grito enloquecido, salté sobre él, deseando hundir mi puño en su coraza, deseando ver su sangre salpicar las paredes, deseando que con su muerte y su terquedad, terminase aquella caótica situación.

No llegué a tocarle. No sé si estaba esperando mi reacción, pero se apartó velozmente de mi camino, dejando que me estrellase contra su mesa. Antes de poder ponerme en pie, ya habían caído sobre mí más de media docena de «hormigas», cerrando sus pinzas en mis miembros, oprimiéndome contra el suelo, aplastándome con su peso, no dejándome respirar…

Me desvanecí.

Después, supe que me había salvado de milagro gracias a las heridas de mi combate contra el gladio.

«Chistoso» y Helen, aseguraron que era el dolor de esas heridas el que me había vuelto loco. No fue muy buen comienzo, porque el capitán de la nave mantenía su teoría de suprimir los enfermos e inútiles. Pero no en vano los jerks eran los comerciantes más inteligentes de la galaxia. De la misma forma que podía haberle vendido una nevera a un esquimal, le vendió la idea de que no podía eliminar a un representante de la Reina-Madre terrestre. Mi precioso pellejo estaba una vez más a salvo. Un poco cascado, pero a salvo.

Todavía estaba buscándome los pedazos de cabeza que me parecían faltar —sólo así se podía explicar el dolor que me aniquilaba—, cuando el capitán c'laak nos mandó llamar. ¿No era yo el representante de la Reina-Madre terrestre?… Pues me daría una demostración de lo que un buen servidor debería hacer.

El puente de mando de la nave era lo más parecido a un hormiguero que jamás había visto en mi vida: una actividad desenfrenada, teóricamente caótica, pero absolutamente organizada. En las pantallas

de observación podíamos ver el espacio y la Tierra, pero la mayoría estaban enfocadas en la Luna y parecían moverse, aunque en realidad éramos nosotros los que lo hacíamos. La nave estaba dejando la órbita y empezado su operación de ejemplaridad.

Nos situaron junto al capitán de la nave, pero separados de él por una barrera de c'laaks. Esta vez ni siquiera podría acercarme. Antes, sería despedazado.

Una de las «hormigas» se acercó a su capitán, lanzando un chorro de chasquidos que «Chistoso» me tradujo:

—Vueztro general Mac Pherzon pide hablar con el capitán de la nave. Ze debe haber dado cuenta de la maniobra…

Instantes después, una extraña bola de fulgor dorado pareció expandirse a un par de metros por delante del capitán c'laak para permanecer inmóvil e ingrávida frente a él. El fulgor fue prontamente reemplazado por la imagen de Mac Pherson y, tras él, otro jerk. Su traductor, evidentemente.

Desde nuestra posición, apenas podía oír lo que decía Mac Pherson, e intentar descifrar el jeroglífico c'laaks era idiota.

—¿Puedes oír lo que dicen? —pregunté a «Chistoso».

—¡Claro que zí! —exclamó—. ¿Tú, no?…

—Más o menos —mentí—, pero quiero asegurarme. Suéltalo.

—Mac Pherzon quiere zaber por qué ze eztán acercando tanto a la Luna, pero el capitán c'laak zólo le contezta que zu único motivo ez zervir bien a zu Reina-Madre, que no ze preocupe…

—¿Quieres decir que ni siquiera le avisa del ataque? —pregunté, asombrado.

—Por zupuezto que no. ¿Tú lo haríaz…?

Le maldije mentalmente y me concentré en la esfera. Mac Pherson estaba nervioso, desconcertado. Se veía venir algo, pero no sabía qué, cómo y cuándo. Decidí jugarme el todo por el todo.

—¡Mac Pherson! —grité con todas mis fuerzas.

El general miró a un lado y otro, atónito. Su videófono no me enfocaría, pero me había oído.

—¿Larsen…? ¿Dónde…?

—¡Estoy en la nave c'laak! ¡Van a destrozar las instalaciones terrestres! ¡Si tiene forma de destruir esta nave, hágalo ahora! ¡No se preocupe por mí!

El desconcierto de Mac Pherson se transformó en rabia y odio.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Le aseguro que usted sería la última de mis preocupaciones!

Los c'laaks que nos rodeaban se movían nerviosos, sin saber qué hacer. Sus órdenes debían ser impedirnos cualquier movimiento, pero no nos estábamos moviendo. Hasta que recibieran nuevas instrucciones, quizá pudiera…

—¡Quise convencerles de que se marcharan, pero no han querido hacerme caso! ¡Destruya la nave, o evacúe la base! ¡Lleve a los hombres al Mar de las Lluvias!

El capitán c'laak chasqueó una orden y una pinza atenazó mi garganta. Si la cerraba, me degollaría, así que me callé. La esfera desapareció y, con ella, la imagen de Mac Pherson. El trepidar de los motores se intensificó y la Luna de las pantallas empezó a acercarse a mayor velocidad. Los acontecimientos se precipitaban.

La suerte estaba echada.

O eso creí.

Bruscamente, la imagen de nuestro satélite desapareció de una de las pantallas y fue sustituida por el vacío del espacio.

No, no era el vacío. La negrura parecía ondular, retorcerse sobre sí misma como una gigantesca bestia negra. Un segundo después, aparecía una nueva imagen: una nave espacial.

Conocía el diseño. Lo había visto una sola vez, pero había tenido bastante… ¡Era una nave gladia!

—Creo que vamoz a divertirnoz, Zcott… —susurró «Chistoso»—. Zozpechaba que loz gladioz eztarían al acecho, pero no creí que ze dejazen ver…

—¿Quieres decir que siempre ha estado ahí? ¿Qué los gladios han tenido una nave espacial a tiro de piedra de la estación lunar y nuestros radares no han podido captarla? —pregunté, parpadeando desconcertado.

—¡Oh, eztamoz muy orgullozoz de nueztro ziztema de camuflaje! —Aceptó el jerk—. No hay detector en la galaxia que zea capaz de trazpazarlo. Bueno, zólo uno, pero lo vendemoz muy caro. Cazi nadie noz lo compra… Ezta zituación aumentará laz ventaz. Oz eztaremoz muy agradecidoz.

Estaba a punto de saltarle al cuello —si es que lo encontraba—,

cuando la esfera dorada volvió a formarse frente al capitán de la nave c'laak. Esta vez no era Mac Pherson, sino un gladio.

—Ya sabes lo que te toca —mascullé dirigiéndome a «Chistoso» y conteniendo las ganas de destrozarlo con mis manos—. ¡Traduce!

—Por zupuezto, Zcott. Pero quiero que zepaz que eztoy corriendo un grave riezgo comercial por ti. No zé zi podraz pagar todoz miz zervicioz. La cuenta ya ez enorme…

El ajetreo de los últimos días, los golpes y heridas, debían haberme afectado la sesera. Era la única explicación posible. No podía oír lo que creía estar oyendo.

—¿Estás…, estás insinuando que pretendes cobrar la ayuda que nos has prestado? —Escupí, abriendo y cerrando espasmódicamente las manos—. ¿Estás insinuando que lo has hecho por dinero?

—¿Por qué otra coza lo iba a hacer…? —respondió el jerk, perplejo —. Aunque también admito mineralez raroz, o…

—¡Cállate y traduce!

—¡Oh, puedez imaginártelo! Loz gladioz no eztán dizpueztoz a dejarlez atacar. Podrían poner en peligro a loz zuyoz en la Luna. Pero loz c'laakz atacarán de todaz formaz, loz conozco bien. Azi que terminarán combatiendo entre elloz…

¡Un combate espacial! ¡Iba a ser testigo interesado de una batalla entre dos naves interestelares! Me pregunté si estaría en el bando ganador. De otra forma, mis nietos se quedarían sin oír la historia de primera mano.

—¿Qué posibilidades tenemos? —le pregunté al jerk.

—Bueno, laz navez de loz gladioz no zon de laz mejorez. Comprenderá que no podemoz vender a ezoz bárbaroz material de primera calidaz. Eztán tan locoz, que podrían terminar por uzarlo contra nozotroz…

—¡Vosotros también vendéis las naves! —No sabía si reír o llorar. ¿Hasta dónde llegarían las actividades de aquellos granujas?

—¡Por zupuezto! —exclamó triunfante.

—No es que me guste la idea de ver cómo destrozan a los gladios, pero al menos, sobreviviremos…

—¿Quién te ha dicho ezo? —exclamó «Chistoso».

Me volví hacia el jerk, mientras mi sexto sentido repiqueteaba enloquecido, señalándome el desastre.

—Tú acabas de decir que las naves de los gladios no son buenas para el combate…

—Zí, y ez verdad. Pero la de loz c'laakz zon mucho peorez. Ni elloz mizmoz podían penzar en que combatirían con ezoz azezinoz de los gladioz, azi que cazi no ze preocupan por el armamento. En rezumen, para decirlo claramente, zi te he de zer zincero y quiero zerlo, y para no andarme con rodeoz, ya que no ez el momento máz adecuado, y zin quererte dezmoralizar máz de lo que eztáz, y…

—¡Termina de una vez!

Los jerks no respiran aire, pero creí oír un hondo suspiro en «Chistoso» antes de que contestase:

—Como quieraz… ¡Noz harán pedazoz!

Capítulo 7

LA batalla fue decepcionante.

Debíamos haberlo imaginado, pero supongo que no pudimos sustraernos a la magia de varios siglos de literatura, cine, vídeo y láser. No me apetecía la idea de vagar a trozos por el Universo, pero sí esperaba sentir los bruscos cambios de presión, las velocidades cambiantes, la persecución quizá. Luces multicolores, explosiones, fragor…, ¡en fin, no sé! No ocurrió nada de eso.

La tecnología dominaba sobre la aventura.

Cuando ambas naves decidieron entablar combate, todo pasó al automatismo. Un segundo, y estábamos viendo la nave gladia abalanzarse hacia nosotros, a través de las pantallas. El siguiente, y la imagen había desaparecido, dejándonos un recuerdo en forma de agujeros y silenciosos estallidos de múltiples aparatos de control, consolas, luces y el macabro silbido del aire escapándose vertiginosamente en el vacío.

Como en un sueño, vi los c'laaks volar, impulsados por la atmósfera fugitiva, en medio de un pandemónium de fragmentos de cristal, acero, plástico, y quién sabe cuántos materiales desconocidos por el hombre. La imagen sólo duró un instante antes de sentirme aspirado yo mismo, a pesar de todos mis esfuerzos por resistirme.

Apenas tuve tiempo de mirar a Helen patalear en el aire. Inconscientemente, mi mano se cerró sobre su tobillo, mientras la otra arañaba la pulida superficie del suelo, buscando en vano un asidero. No lo encontró.

De repente, sentí una tenaza en mi muñeca. Era de Toby. Había conseguido afianzarse en una de las consolas y aguantaba nuestro tirón.

Tuve deseos de gritarle que nos soltase, que sólo lograría prolongar unos segundos nuestra agonía. El efecto de aspiración terminaría cuando la atmósfera escapase al vacío y, con ella, toda esperanza de vida.

No pude hacerlo. Apenas había abierto la boca, cuando algo se deslizó por mi nuca, algo viscoso y helado que habló directamente a mi mente:

—¡Utiliza loz depózitoz de emergencia del traje! ¡Rápido!

Al borde de la inconsciencia, manipulé torpemente las válvulas de mi traje espacial y sentí el frescor inenarrable del aire penetrando en mis pulmones. Aspiré repetidamente varias veces, hasta conseguir aclarar un poco mi mente.

—¡He… len…! —balbucí.

—No te preocupez, también ella eztá a zalvo…, ¡de momento!

«Chistoso» había formado una burbuja alrededor de nuestras cabezas, encajándose en los bordes del traje espacial.

Era un casco perfecto, aunque opaco.

—Ciegos no llegaremos muy lejos —comenté—. ¿No hay forma de poder ver…?

—Intentaré eztirar mi maza al máximo, hazta hacerme tranzlúcido, pero no garantizo el hermetizmo.

—Inténtalo. Si el aire escapa, siempre puedes volver a comprimirte…

—¿Tienez idea de lo que puede coztarte ezto? —apuntó el jerk, mientras veía aparecer sombras en mi campo de visión.

Una de sus típicas risitas, interrumpió todo lo que pensaba de él. Desde luego, nada agradable.

—La vida no tiene precio, «Chistoso».

—¡Oh, no eztéz muy zeguro de ezo! Laz tenemoz perfectamente catalogadaz, aunque ez cierto que loz humanoz todavía no eztáiz en nueztraz liztaz.

—¡Vaya! ¿No habéis tenido tiempo suficiente?

—Zí, pero todavía no hemoz encontrado nada que oz haga valiozoz. Creo que zeríaiz un mal negocio… ¡La eztupidez no ze puede vender!

Esta vez fui yo el que estallé en carcajadas. Quizá era por la ridícula situación, o por el exceso de oxígeno. Por si acaso, reduje la admisión.

—Ezpera un momento —oí decir al jerk—. Helen ha tenido una buena idea…

A pesar de que el interior de la nave ya no contenía atmósfera de ninguna clase y la succión había terminado, no había soltado a Helen del tobillo. Nos encontrábamos muy próximos, en cubierta, sentados en el suelo. El cuerpo de «Chistoso» formó un pequeño túnel, sin soltarse de su anclaje en el traje. Yo estaba en uno de los extremos, el rostro de Helen apareció en el otro.

—¿Todo bien?… —preguntó sonriente.

—Dejando aparte que nos encontramos en una nave muerta, que apenas nos queda oxígeno para un par de horas y que la Humanidad puede ser destruida de un momento a otro…, ¡sí, todo va bien!

—Podía zer peor, Zcott —apuntó el jerk—. Tuvimoz zuerte de que loz dizparoz de loz gladioz no tocaran algunoz puntoz peligrozoz. La nave podría haber explotado, o estar bañada de radioactividad.

—Gracias por darnos ánimos, pero no insistas —interrumpí—. ¿Qué tal si intentamos llegar hasta nuestra lanzadera? Si está intacta, todavía podremos volver a Luna…

—¡…Para comparecer ante un pelotón de fusilamiento, si es que aún se estila! —añadió Helen, con la «enorme» moral que la caracterizaba.

—Después nos preocuparemos de los detalles que nos tendrá preparados Mac Pherson. De momento, echémosle un vistazo a la lanzadera…

Caminando lentamente y con precaución, para mantener la estabilidad de «Chistoso» sobre nuestras cabezas, recorrimos los laberínticos y fantasmales corredores de la nave c’laak. De vez en cuando, nos topábamos con cadáveres que flotaban en la ingravidez que nos rodeaba. De no ser por el jerk, habríamos vagado por la nave hasta que el oxígeno se hubiera agotado, ya que sólo él era capaz de descifrar los signos que adornaban puertas y paredes. Por fin, nos encontramos ante uno de los hangares.

—Bien, cruzad los dedos, chicos… —anuncié solemnemente, antes de abrir la puerta.

—Hazlo por mí, Zcott —comentó jocosamente «Chistoso», dejando escapar una de sus habituales risas—. Yo lo tengo un poco difícil…

Creo que, mientras abría la puerta, cerré los ojos.

Cuando los abrí, allí estaba la lanzadera, frente a mí, intacta, reluciente… ¡Pero sólo en su mitad delantera! La trasera no era más que un amasijo informe de chatarra, calcinada…

—Bien, todo acabó… —murmuró Helen en voz tan baja que apenas pude oírla.

—No te lamentes demasiado. Al paso que van las cosas, sólo nos anticiparemos a los demás. No tardarán en seguirnos, sean gladios o c'laaks los que rematen la faena…

—Hablando de gladios… —apuntó Helen, señalando a un lado.

Allí estaban. Media docena de gladios, armados hasta los dientes, merodeando por el hangar.

—Buzcan supervivientes —avisó el jerk—. Les encanta rematar zuz victoriaz…

—Atrás —ordené—. Si podemos emboscarnos, quizá les sorprendamos uno a uno.

No pudimos dar ni un solo paso. Los gladios nos descubrieron y avanzaron hacia nosotros, preparando sus armas. Tenían todo el aspecto de un arsenal viviente. Y mortífero.

—Bueno, por lo menos no moriremos de asfixia —dije, a modo de consolación.

Pero los gladios no atacaron. Ante nuestra sorpresa, se limitaron a hacernos señas de que les siguiéramos hasta las puertas exteriores del hangar. Flotando a unas decenas de metros, se encontraba una pequeña nave de combate, apta para una docena de personas. O gladios. Querían que les acompañásemos hasta ella.

Tras recoger nuestros cascos y dar así un respiro a «Chistoso», les obedecimos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Sus trajes espaciales tenían pequeños propulsores y, sujetos cada uno de nosotros por dos gladios, franqueamos la distancia hasta el caza. Unos minutos después, nos hallábamos a bordo de la nave gladia.

La indiferencia había sido la tónica general en nuestro encuentro con los c'laaks. Los gladios no eran tan fríos. Mientras nos guiaban hasta el puente, podíamos palpar en el ambiente el más absoluto desprecio. El contacto con nuestros «vecinos» galácticos no contribuía excesivamente a mejorar nuestro amor propio.

El capitán de la nave gladia, un tal Fecus, nos miró de arriba a abajo cuando fuimos llevados ante él. Movió la cabeza de un lado a otro y alzó las manos en un gesto de extrañeza:

—No entiendo por qué Regnus tiene tanto interés en vosotros —a pesar de la profundidad y tono gutural de su voz, podíamos entenderle perfectamente. Tampoco era tan extraño. Aquella nave, además de «velar» por la seguridad de los gladios de Luna, debía tener otras misiones, y suponía que la de espionaje no era la menos importante. Seguramente, la mayor parte de los gladios de aquella nave hablaban

uno u otro lenguaje terrestre. Fecus continuó—: Habría sido mejor despedazaros, pero quiere que seáis llevados a Clavius.

—¿Sabe algo de la Reina-Madre de los c'laaks? —pregunté ávidamente. Quizá hubieran resuelto ya el problema.

—¿De ese gusano estúpido? —el gladio lanzó una serie de gruñidos y rugidos en rápida sucesión. No necesitaba entender su idioma para darme cuenta que estaba expresando la misérrima opinión que le merecía la aludida, pero hasta «Chistoso» pareció encogerse un poco sobre sí mismo, impresionado—. Tenemos otras cosas más importantes de las que preocuparnos. Por ejemplo, el mensaje de los c'laaks.

—¿Qué…, qué mensaje? —titubeé, sintiendo que la pesadilla empezaba de nuevo.

—Antes de ser destruidos, consiguieron avisar a su planeta. No creo que su Flota tarde demasiado en converger sobre nosotros…

«Chistoso» extendió un tentáculo hacia mí. En él, se encontraba una pequeña tablilla, llena de jeroglíficos indescifrables.

—¿Te importa que pazemoz cuentaz ahora por miz zervicioz? Creo que dezpuéz ya zerá demaziado tarde…

No le hice caso y me encaré con el capitán gladio.

—¿Han avisado los gladios a su propia Flota? Quizá consiga llegar antes que la de los c'laaks…

—Imposible. La mayor parte de nuestra Flota se encuentra muy ocupada en Signus-IV, aniquilando unos rebeldes. Además, ¿para qué la necesitamos…? ¡Nosotros podemos encargarnos de esos insectos!

—Fanfarronea, como ziempre —advirtió el jerk.

Fecus debió oírle, porque fijó su vista en él, dejando al descubierto sus colmillos. Un instante después, lanzó un aullido estentóreo que después supe era el equivalente a una carcajada.

—Quizá tengas razón, usurero —aceptó alegremente—. Pero será una buena batalla y nos cubriremos de gloria. Quizá muramos, pero moriremos matando… ¡Eso te lo aseguro!

Y su aullido de alegría fue coreado por los gladios que se encontraban en el puente de mando.

¡Morir matando! Me parecía una estupidez, un sacrificio inútil, pero, en todo caso, era mucho más de lo que podríamos hacer nosotros. Nos cazarían como conejos en una madriguera.

Capítulo 8

HORAS después, nos encontrábamos en Clavius, con Regnus y los gladios, esperando el ataque.

Regnus no quiso entregarnos a Mac Pherson, a pesar de todos los ruegos —primero— y las amenazas —después— del general. Al parecer, lo que para mí había sido una maniobra desesperada con la que intentaba evitar el ataque de la nave c'laak a Luna, el gladio lo había tomado como un ejemplo supremo de valor. «Meterme en la boca del lobo», como decía, me había hecho ganar muchos puntos ante él. Creo que le caía simpático, tan simpático como puede caerte esa mascota que, a pesar de ser todavía un cachorro, mordisquea fiera e inútilmente, intentando demostrar sus habilidades.

Regnus era un caso.

Estaba convencido de que, con el tiempo, nos saldrían los colmillos suficientes como para presentar batalla. Y no lo decía en sentido figurado, pues enseñaba orgullosamente su dentadura. Claro que, cuando nos hubiese crecido esa famosa dentadura, podríamos convertirnos en peligrosos enemigos para los mismos gladios y entonces, siempre según Regnus, tendría que aniquilarnos. Pero, entretanto, podríamos compartir y disfrutar de unas cuantas matanzas. ¡Simpático, el chico!

Sorprendentemente, no parecía pasar por su cabeza la idea de que podríamos morir ante el asalto de la flota c´laak, pese a que la opinión de «Chistoso» era concluyente. Conocía bien la potencia de ambos tipos de nave y, aunque ya nos había advertido la superioridad de la de los gladios sobre la de los c'laaks, el número acabaría imponiéndose. No había esperanza.

Ni siquiera por parte de Thadeus. Las comunicaciones con el pabellón de los c'laaks habían sido interrumpidas y prohibidas, pero Toby, una vez más, parecía haber superado todos los inconvenientes. Nadie parecía prestar especial atención a un robot, y había conseguido entrar y salir con relativa facilidad, estableciendo una línea de comunicación entre Thadeus y nosotros. Pero casi no la utilizábamos.

La Reina-Madre de los c'laaks ya no era la majestuosa y extraña procreadora de toda una raza, el emblema viviente de todo lo sagrado para sus hijos. Se había convertido en un cascarón duro y reseco, inmóvil y áspero, del que apenas podían advertirse signos vitales en su interior. Los instrumentos médicos de Thadeus apenas podían atravesar el duro caparazón. La Reina-Madre, el «gusano infecto», el «salchichón gigante», parecía haberse retirado a su propio interior, para morir con un poco de dignidad. ¿Por qué? Eso era algo que, probablemente, nunca averiguaríamos. Con ella desaparecían dos razas: la de los c'laaks y la humana.

Thadeus se había dado por vencido, aunque ni él mismo quisiera reconocerlo. Sólo su tozudez le mantenía en el pabellón de las «hormigas», pero su entusiasmo había desaparecido. Se limitaba a informarnos de las novedades, y aun éstas, eran escasas.

Sólo una cosa conseguía que no me derrumbase: Helen.

Nuestra convivencia con los gladios dio como resultado un mayor acercamiento entre ambos, pues compartíamos la mayor parte del tiempo. Incluso «Chistoso» desaparecía de vez en cuando para realizar misteriosos «servicios», necesarios para mantener la buena economía de los jerks y la fama de comerciantes que habían conseguido. Solía decir: «Cuando ze tiene nueztra reputación, no ez azi porque zí. Noz guzta y eztamos orgullozoz de ella.»

Una tarde —terrestre— que estaba particularmente neurótico por verme cruzado de brazos, Helen me dirigió una sonrisa sarcástica, antes de decir:

—¿Echas de menos a tu secretaria? Creo que se sabe consolar muy bien con el general Mac Pherson… —no me preguntéis cómo había podido enterarse. Hay secretos que las mujeres saben mantener. Pocos, muy pocos, pero los hay.

Le dirigí una mirada de perro apaleado.

—¿No crees que ya te estás pasando con tanta insinuación?

—¿Insinuación…? ¡Chico, no tienes bastante con balas, necesitas cañonazos!

—Escucha, Ramona trabajaba para Mac Pherson. Ella me vigilaba y yo tenía que vigilarla a ella… ¡Eso era todo!

—Y, ¿la vigilabas mucho…?

—Hombre, yo…

—¿La vigilabas a fondo…?

—Hacía lo que podía,..

Helen estaba fuera de sí y me preparé por si intentaba sacarme los ojos.

—¿Pretendes decirme —masculló, casi echando espuma por la boca —, pretendes que me crea que estabas liado con esa furcia, sólo porque era un agente de Mac Pherson…?

—S…sí…

—¡Ah, bueno! Entonces…

Y sin decir nada más, se despojó hábilmente del mono que llevaba encima, saltando sobre mí. Antes de sentir su agradable peso, pude darme cuenta de una cosa: de un pequeño lunar situado bajo su pezón izquierdo. ¡Hablaría muy seriamente con «Chistoso»!

Mientras abría cadenciosamente las costuras de mi mono —ella, claro; yo estaba demasiado sorprendido—, susurró dulcemente:

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

¿Qué podía responder?

—¿Cómo podía saber que tú…?

—¡Dios, cada vez sois más tontos! ¡El tiempo que hemos perdido!

—Y el poco que nos queda…

—Tendremos que aprovecharlo, ¿no…?

Y lo aprovechamos… ¡Vaya si lo aprovechamos! ¡Como si cada hora, cada minuto, cada segundo, fuera el último! Al final, casi deseaba que lo fuera. ¡Apenas podía tenerme en pie!

Pero el tiempo, independientemente de mi voluntad, se terminaba. Las naves c'laaks hicieron su aparición en nuestro continuum, entrando a máxima velocidad en el Sistema Solar.

Toda la Luna se vio agitada como por un terremoto. Entre los gladios, era lógico. Clavius y la nave, escondida tras la sombra lunar, intercambiaban rápidos y constantes mensajes, preparando el ataque suicida. Pero, ¿y entre los humanos? ¿Qué podían estar preparando?

«Chistoso» me dio una pista:

—Vozotroz podréiz reziztir variaz horaz. Todo depende de la habilidad de los gladioz para atacar y ezcapar conztantemente.

—¿Atacar y escapar? —repetí, sarcásticamente—. Los gladios se lanzarán como locos contra… ¡Espera, espera un momento! ¿Qué es eso de que podremos resistir varias horas…? Las cúpulas se derrumbarán con un estornudo, y disparar con nuestras armas a las naves de las «hormigas» será como escupir al cielo…

—Con vueztraz armaz, zí…

—¿Habéis vendido algo a la Tierra? —insistí.

—Ez pozible. Un buen comerciante también ha de zer dizcreto.

—Pero… ¡Yo era el responsable de Luna! ¡De haber hecho algún trato, tendría que haber sido conmigo!

—Tú mizmo lo haz dicho, Zcott. Eraz el rezponsable de Luna, no de la Tierra. Zi algo me guzta de loz humanoz, ez que ziempre hay alguien dizpuezto a comprar lo que vendez… ¡Zólo tienez que encontrar al terreztre adecuado!

En todo aquello había algo que no encajaba. Por fin, lo encontré. Una débil luz en un mar de oscuridad.

—En la nave de los c’laaks me dijiste algo: a los gladios no les vendéis material bélico de primera por temor a que un día se vuelvan contra vosotros. Pero, ¿y nosotros? ¿Y los terrestres? ¿No tenéis miedo de que algún día podamos usar vuestras armas contra los jerks…? ¿Tanta confianza nos tenéis?

—¿Confianza…? ¿Qué te hace penzar que confiamoz en vozotroz?

—Has dicho que nos habéis vendido armas con las que atacar a los c’laaks…

—No, no he dicho ezo, Zcott.

—¿Entonces…?

—Pronto lo zabraz.

Y, exhibiendo una maléfica sonrisa en su rostro de Thadeus, se marchó. Últimamente, ésa era su forma preferida. Parecía creer que, de esa manera, tendía un puente entre el pabellón de los c´laaks y nosotros.

De todas formas, no tenía mucho tiempo para preocuparme por las bromas jeroglíficas de un jerk. Las naves c’laaks estaban desplegándose en abanico, dispuestas para presentar batalla a cualquier posible resistencia. Sabían que los gladios habían destruido al transporte y esperaban su aparición.

La esperaron varias horas, pero no apareció.

Quizás aquel lapso de tiempo no fuese nada para los c’laaks, no estuvieran comiéndose las uñas, destrozándome los nervios, o

arrancándose el pelo de la cabeza, pero yo, sí. Desde las pantallas gladias de Clavius observábamos las naves c'laaks inmóviles en la negrura del espacio, amenazantes, obsesivas. Cada vez que me dirigía a Regnus, él se limitaba a enseñarme los colmillos en una sonrisa y pedirme paciencia, a repetirme que tenía mucho que aprender todavía.

Por fin, se recibió una transmisión de los c'laaks. Según tradujo «Chistoso», Regnus negó todo el incidente entre sus naves y lo atribuyó a un error de interpretación en la recepción del mensaje de auxilio. Sí, habían visto estallar el transporte, pero no sabían cuál podía ser el motivo. No sé si los c'laaks le creyeron o desconfiaron, pero no tenían forma de desmentirles.

La flota volvió a ponerse en movimiento en dirección a Luna. Las imágenes de las naves se agrandaban cada vez más en las pantallas, dando la sensación de que se precipitaban sobre nosotros.

En un momento dado, Regnus lanzó un aullido escalofriante y una de las cámaras se movió hasta enfocar el horizonte lunar. Rápida como una flecha, deslumbrante como el sol que reflejaba, la nave gladia cruzó el campo de visión de la pantalla y desapareció. Todas las cabezas presentes, humanas e inhumanas, volvimos a mirar la flota extraterrestre. Apenas pudimos observar el paso rápido del destructor gladio, pero dos, no, tres naves c'laaks estallaron repentinamente en llamas que se apagaron en un instante por la falta de oxígeno. Una mano gigantesca pareció asirse sobre los cascos, comprimiéndolos unos segundos para, después, hacerlos estallar en mil pedazos.

La batalla había empezado. El primer asalto era nuestro. Ahora, todo dependía de la reacción c'laak. Si nos olvidaban e intentaban perseguir a los gladios…

Pero no sucedió así. Tres naves se separaron de la maltrecha formación y se lanzaron tras el ya invisible destructor. Eso dejaba dos naves más contra nosotros. Mucho más de lo que podíamos resistir. De nada serviría aquella acción suicida.

En aquel instante, las luces parecieron apagarse para brillar a media intensidad un segundo después. Todas las instalaciones lunares estaban conectadas y yo sabía que la sección central estaba haciendo acopio de energía. ¿Por qué? ¿Para qué?…

Mi atención volvió a ser reclamada por las naves c'laak. Se hallaban en posición de tiro y no tardarían en barrer la base lunar con todo el fuego cruzado de sus lásers, base lunar que apareció en una de las pantallas.

La situación era tan tensa que sólo tenía ojos para las pantallas. Ni siquiera recordaba la presencia de Helen a mi lado» hasta que sentí sus uñas clavarse salvajemente en mi mano» coincidiendo con el fuego de las naves atacantes. Creí ver las cúpulas estallar, pero no… ¡Seguían intactas! ¿Habían fallado el tiro? ¿Qué había sucedido?

Las cúpulas empezaron a enrojecer lentamente, hasta despedir un ligero fulgor anaranjado. Tras unos segundos, volvieron a la normalidad.

Busqué a «Chistoso» con la mirada, lo cual no era nada fácil teniendo en cuenta su capacidad de cambiar de forma. Di un respingo al divisar a Mac Pherson, antes de deducir la verdad. Era mal momento para soportar sus bromas pesadas.

—¿Qué te parece la zorpreza? —preguntó, exhibiendo una luminosa sonrisa.

—¿Qué…, qué fue eso? —indagué a mi vez.

Me explicó:

—Zólo un campo de nueztra invención. El lázer no ez máz que un rayo de luz concentrada. Zi ze la puede dizperzar y liberarze del calor zobrante en la operación…, ¡no hay que preocuparze!

Ése era el as en la manga que se habían estado guardando hasta aquel momento. Aullé de alegría como un gladio.

—Entonces…, ¡resistiremos!

«Chistoso» se encargó de echarme la jarra de agua fría.

—Yo no me alegraría tan rápidamente. De momento ha reziztido, zí, pero loz c’laakz inziztirán y no zé zi el campo aguantará…

—Pero…

El jerk cambió su forma rápidamente. La imagen de Mac Pherson se borró como si fuera engrudo, siendo reemplazada por la de Thadeus. Eso significaba que tenía malas noticias. De otro modo, no escogería la imagen de un amigo esperando tranquilizar nuestros ánimos.

No pude contenerme. A pesar de saber que era perfectamente inútil, le agarré por la pechera, levantándole un palmo del suelo.

—¡Suéltalo todo de una vez, maldito negociante! —le increpé, fuera de mí.

—Bueno, era una oportunidad única para hacer una prueba práctica de nueztro campo… Total, no perdíaiz nada.

—¿Quieres decir que no tiene ninguna garantía?

—No puedez culpar a un honrado comerciante por azegurarze que zu mercancía ez de primera calidad, ¿no?… Zobre todo, cuando puedez

cobrar una zuma fabuloza por una zimple prueba…

¡No sólo nos utilizaban como conejillos de indias, sino que, encima, teníamos que pagar por tal privilegio!

Levanté el puño para descargarlo en el rostro de «Chistoso» —o de Thadeus, como prefieran—, en el momento en que el jerk empezaba a deshacerse en mis manos. No llegué a descargar el golpe, pues Helen reclamó mi atención hacia las pantallas.

Los c'laaks lanzaban una segunda andanada contra las cúpulas y, esta vez, brillaron con un reluciente color carmesí, antes de volver a la normalidad. En la tercera, el rojo alcanzó tal intensidad que empezó a amarillear. Tardó mucho tiempo más que antes en recobrar la transparencia habitual.

La áspera mano de Regnus se dejó caer sobre mi hombro:

—Esto se acaba, humano. El campo no resistirá. En cuanto concentren el fuego suficiente, se fundirá. Lo demás, será…, ¡muy fácil!

—¿Y vuestro destructor? —grité—. ¿No puede ayudarles?

—Lo siento, humano, pero sigue ocupado con las tres naves que partieron tras él. Ha conseguido destrozar una, pero las demás le acosan sin descanso. Terminará venciendo, por supuesto, eso no lo dudamos. Pero cuando se libre de ellas, ya será demasiado tarde.

Los c'laaks se prepararon para su esfuerzo final. Parecían haber reunido toda la potencia de sus naves, porque la exhibición fue brutal. Las cúpulas dejaron atrás el rojo, el amarillo y brillaron con un blanco demasiado poderoso para que nuestros ojos pudieran soportarlo. Muy a pesar nuestro, tuvimos que apartar la vista.

Quizá mejor así. Todo estaba perdido.

No era agradable presenciar el principio del fin de la raza humana.

Capítulo 9

—THADEUS quiere hablar contigo.

En principio, no supe quién me estaba hablando. Estaba sumido en negros y caóticos pensamientos.

Poco a poco, conseguí emerger de la desesperación para mirar el rostro de Helen. Había sido ella.

—¿Para qué…? ¡Olvídalo! —contesté, desabrido.

—Dice que es importante… —insistió ella.

—¿Importante…? ¿Importante…? —Repetí, sin entender el significado de sus palabras—. ¡Ya no importa nada! ¿Es que no lo entiendes…? ¡Nada!

A través de la neblina provocada por las lágrimas que acudían a mis ojos, pude darme cuenta de que también Helen estaba llorando.

—Hazlo por él… —rogó—. Quizá sea la última oportunidad de hablarle…

—Está bien —terminé aceptando, antes de besarla suavemente y dirigirme a una pequeña pantalla, donde se veía a un agitado y nervioso Thadeus.

—¡Tienes que venir aquí, Scott! ¡Tienes que venir rápidamente! —exclamó, con un brillo de excitación en sus ojos.

—¡Ir hasta allí es imposible, Thadeus! ¿No sabes lo que está sucediendo…? —protesté, asombrado.

Por un momento, Thadeus pareció desconcertado:

—¿Estás hablando de esas tonterías de los c'laaks?

—¡¿Tonterías…?! ¡Escucha, viejo chocho! Están a punto de…

Thadeus hizo un gesto despectivo, cortándome.

—¡Bah, no hagas caso! Ya he dado las órdenes oportunas y terminarán con eso de un momento a otro…, ¡si es que no lo han hecho ya!

Me giré rápidamente hacia las pantallas gigantes, a tiempo de ver cómo el fulgor que despedían las cúpulas empezaba a decrecer. Los gladios, tan atónitos como yo, permanecían en silencio sin dar crédito a lo que contemplaban sus ojos.

Cuando ya era evidente que el cambio se debía al cese del fuego c´laak, una miríada de aullidos restalló en la amplia sala, reverberando increíblemente por los muros. Al día siguiente, apenas podía hablar debido a una fuerte ronquera. Así que supongo que me debí unir a ellos, pero mi euforia era tal que ni siquiera me di cuenta en aquel momento.

Thadeus reclamó mi atención. La alegría debía reflejarse en mi rostro, porque frunció el ceño impaciente.

—No sé a qué vienen tantos aspavientos… ¡Ya te lo había dicho!

—¿Qué ha ocurrido? ¿La Reina-Madre…?

—¡Naturalmente!

Si hubiera estado allí, le habría besado.

—¡Thadeus, eres grande! ¡Nos has salvado a todos!

Por primera vez desde que habíamos empezado a hablar, Thadeus pareció desconcertado.

—¿Yo…? ¿Por qué os he salvado?

—Pero…, ¿no has curado a la Reina-Madre? ¿No ha cesado el ataque por eso?

—¡Mmmmh…! No, exactamente…

Ahora me tocó a mí el turno de asombrarme.

—Entonces, ¿qué ha sucedido? ¿Ha habido cambios, o no…? ¡Explícate de una vez!

—No puedo, muchacho, de verdad. Sí hay novedades, pero no sé lo que sucede. Ven lo más rápido que puedas…

Y cortó la comunicación.

No me moví de delante de la pantalla hasta que Helen me agitó por los hombros.

—¿Le has oído…? —pregunté, todavía sin reaccionar.

—Sí. Y lo mejor es que hagamos lo que dice.

Nos abalanzamos sobre Regnus, pidiéndole, rogándole, suplicándole que nos llevase al Mar de las Lluvias. En principio se mostraba reticente. Según él, todo aquello podía ser un truco de los c’laaks,

podían estar esperándonos en la bóveda de la Reina-Madre para acabar con nosotros, podían emboscarnos por el camino, podían atacarnos desde el espacio…

Cuando me cansé de sus sospechas, planes y contraplanes, ataqué su punto débil: si tenía miedo de todo aquello, si no se atrevía a presentar batalla, en caso de que sus conjeturas fuesen ciertas, iríamos Helen y yo, aunque fuese a pie.

Un segundo después, Regnus daba órdenes en toda su gama de aullidos, gruñidos, ladridos y rugidos. No tardamos más de cinco minutos en estar a bordo de una pequeña nave de caza, aprisionados entre Regnus y varios de sus hombres.

El Mar de las Lluvias parecía desierto cuando llegamos allí. No había ni humanos, ni c'laaks a la vista y los gladios extremaron sus precauciones mientras nos acercábamos a la bóveda, lenta y cautelosamente.

Al abrir las puertas del recinto, comprendimos el motivo de no haber visto alma terrestre o alienígena, daba la impresión de que se había reunido allí cuanto humano o c´laak se encontraba en la Luna. El local estaba absolutamente atiborrado de cuerpos que nos impedían ver lo que ocurría en su parte central.

Bastó una mirada entre Regnus y yo para que sus hombres empezasen a abrirnos paso. Por las malas, directamente. A empujones, patadas y codazos logramos llegar hasta las amplias cristaleras que dividían la amplia sala.

Ya no había agitación en torno a la Reina-Madre, ya no había revuelo de batas blancas, ya no había solícita asistencia. El único movimiento provenía de la propia Reina.

El cascarón reseco se agitaba espasmódicamente a intervalos irregulares, como si la vida que se encontraba en su interior se retorciera en agónicos espasmos, como si luchase contra su propia prisión… ¿Quién podía saberlo?

Thadeus nos divisó y corrió hacia nosotros prestamente.

—¿Comprendes ahora? Es algo inexplicable… —soltó, a modo de saludo.

—¿Cuándo empezó? —pregunté, sabiendo que era inútil interrogarle sobre el significado de aquello.

—Hace varias horas. Y, cada vez, los espasmos son más frecuentes y las grietas más amplias…

Me fijé en ellas. Toda la superficie de lo que había sido el abdomen

de la Reina-Madre, estaba surcada por una red de fisuras sin ninguna pauta reconocible.

En un momento dado, la agitación se intensificó a ojos vista y las grietas dividieron aquel caparazón muerto en múltiples pedazos, cohesionados por alguna especie de materia gomosa y húmeda que, finalmente, acabó por ceder.

Los pedazos fueron cayendo al suelo uno a uno, abriendo un boquete oscuro del que empezó a surgir una masa informe, extraña, desconocida. De aquella extraña masa, parecieron extenderse unas largas y delgadas patas que se asentaron en el caparazón.

Nadie se movía en el pabellón, nadie hablaba. Habría podido jurar que nadie siquiera respiraba, esperando, con una mezcla de curiosidad y precaución» lo que vendría a continuación.

Y cuando sucedió, la maravilla se apoderó de todos nosotros. Un desconocido sistema circulatorio empezó a bombear la extraña sangre verduzca de los c'laaks y, poco a poco, dos pequeñas protuberancias situadas en el lomo de aquella cosa monstruosa, fueron agrandándose, desplegándose, elevándose hacia el techo, hasta tomar forma alada. Sí, eran dos alas gigantescas, resplandecientes hermosas más allá de cualquier belleza conocida, que se agitaron provocando una lluvia de polvo iridiscente que nos bañó de una calidez inigualable.

El período de vida de una Reina-Madre era tan vasto, tan inimaginable, que ni los propios c'laaks habían registrado en sus archivos su metamorfosis. No había existido enfermedad, descuido o negligencia. Allí en aquella luna» nuestra Luna, se había desencadenado un proceso natural, biológico, que daba como consecuencia el nacimiento de un nuevo ser. La Reina-Madre de los c'laaks ya no era un «gusano inmundo», ni un «salchichón gigante». Si alguien quiere saber mi definición, creo que la única palabra que podría describirla, era…, ¡una diosa!

¿Alguna vez, hace miles —quizá millones de años— se había producido un cambio similar? No lo sabía, pero quizá éramos los primeros en presenciarlo. Fuera como fuese» podíamos considerarnos unos privilegiados.

Aparté los ojos con esfuerzo para mirar a mi alrededor y me encontré con la misma hipnotizada mirada en todos los ojos: humanos, gladios y facetados.

Pero, entre todos los rostros, destacaba uno.

No, no era el de Helen. Era el de Regnus.

Regnus el gladio, el salvaje, el guerrero, el asesino, el orgulloso…, ¡estaba llorando emocionado!

EPÍLOGO

DESDE entonces, las cosas han cambiado un poco.

Mac Pherson dejó de pedir mi cabeza en cuanto se supieron mis esfuerzos por evitar el desastre. Thadeus insistió, una y otra vez, en que sólo mis maniobras dieron tiempo suficiente para que se completase la metamorfosis de la Reina-Madre de los c'laaks. Posiblemente, fue la primera vez que felicitaron a alguien por crear cuantos más problemas mejor.

Lo que una vez fue un «salchichón gigante» sigue con nosotros, aquí, en la Luna. Su morfología resultó ser demasiado débil y frágil —como todo lo bello— para soportar un viaje espacial. Antes del incidente, sólo éramos una curiosidad novedosa. Ahora, además de ser la meca de una peregrinación constante de c'laaks, nos hemos convertido en una atracción turística universal. Pocas razas galácticas tienen una maravilla similar que ofrecer en sus lunas.

Thadeus ha sido nombrado «cuidador» vitalicio de la madonna galáctica, a pesar de sus protestas. No porque el cargo no le gustase, sino por la prohibición de fumar sus hediondos puros en el ex recinto de las «hormigas». Tuve que soportar su mal genio una temporada, pero no me preocupó por él. Sobreviviría.

Como también sobrevivirían los c'laaks. Siguiendo su peculiar forma de pensar, no se preocuparon demasiado de las bajas sufridas en los incidentes. Eran tan desechables como imprescindible su Reina-Madre, pero hasta eso pudimos solucionar. Su similitud con algunos de los insectos terrestres era mucho mayor de lo que habíamos imaginado. Sólo tendrían que «cebar» adecuadamente a alguna de sus larvas para disponer de una nueva Reina. Tardarían algunos años en conseguirlo, pero se lograría. Helen estaba trabajando en ello.

«Chistoso» también sigue con nosotros, convertido en una especie de embajador permanente de los suyos. Aunque llamarle «embajador» no

es más que un eufemismo.

Sigue siendo un negociante despiadado y un bromista detestable.

Ayer, por ejemplo, estaba intentando cobrarme por enésima vez su ayuda durante la crisis cuando llegó Helen. Me levanté para recibirla, pero al llegar frente a ella pude observar que tenía los ojos desencajados mirando hacia algo que se encontraba detrás de mí. Al volverme, vi que el jerk había desaparecido. En su lugar, se encontraba Ramona, mi ex secretaria, desnuda como vino al mundo y en una postura que yo calificaría como…, bueno, digamos «extravagante» para ser suaves. Quise disculparme, explicar que sólo era «Chistoso», pero cuando desperté ya se había ido. No tengo la mandíbula fracturada, pero todavía me duele su puñetazo.

No sé si fue una muestra de su pésimo humor, o una venganza ante la imposibilidad de cobrar mi deuda, pero si alguien sabe dónde se ha escondido, ruego que me lo comunique. Primero le explicaré que no dispongo de varios cientos de millones de dólares para saldar la cuenta y, segundo, le machacaré los sesos o lo que diablos utilice para pensar.

Eso sí, si lo saben, díganmelo de prisa porque no tengo mucho tiempo. Por fin han decidido que somos dignos de ser presentados ante la comunidad interestelar y aquí estoy yo, Scott Larsen, al frente de la embajada terrestre ante su majestad el Universo. ¿Cuáles han sido mis méritos para obtener semejante responsabilidad…? Digan lo que digan los demás, creo que me la endosaron a mí porque no encontraron a otro lo suficientemente loco como para aceptar el puesto.

FIN